

Marcelo F. Aebi

# Un color sepia



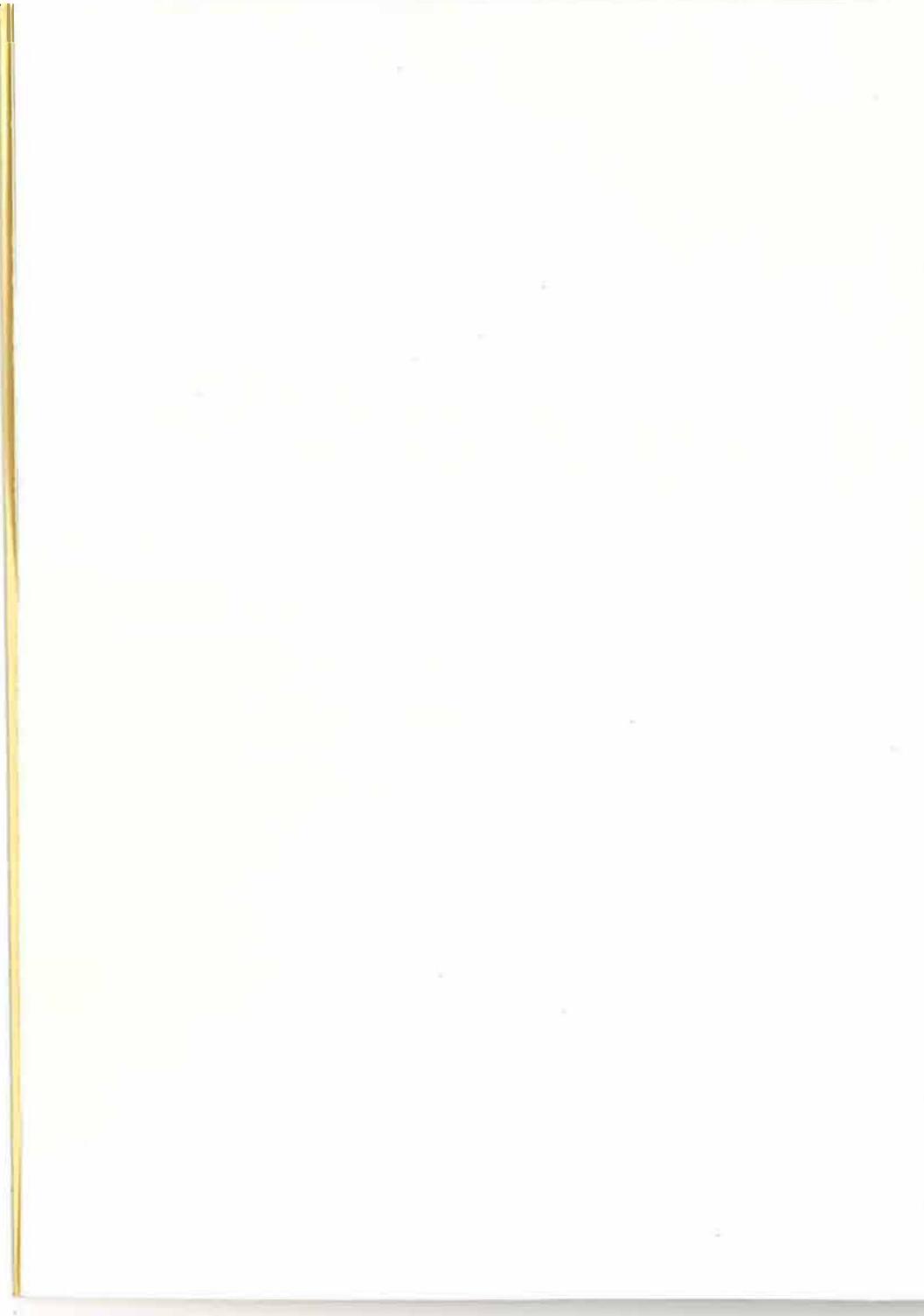
*Simurg* 

Un color sepia

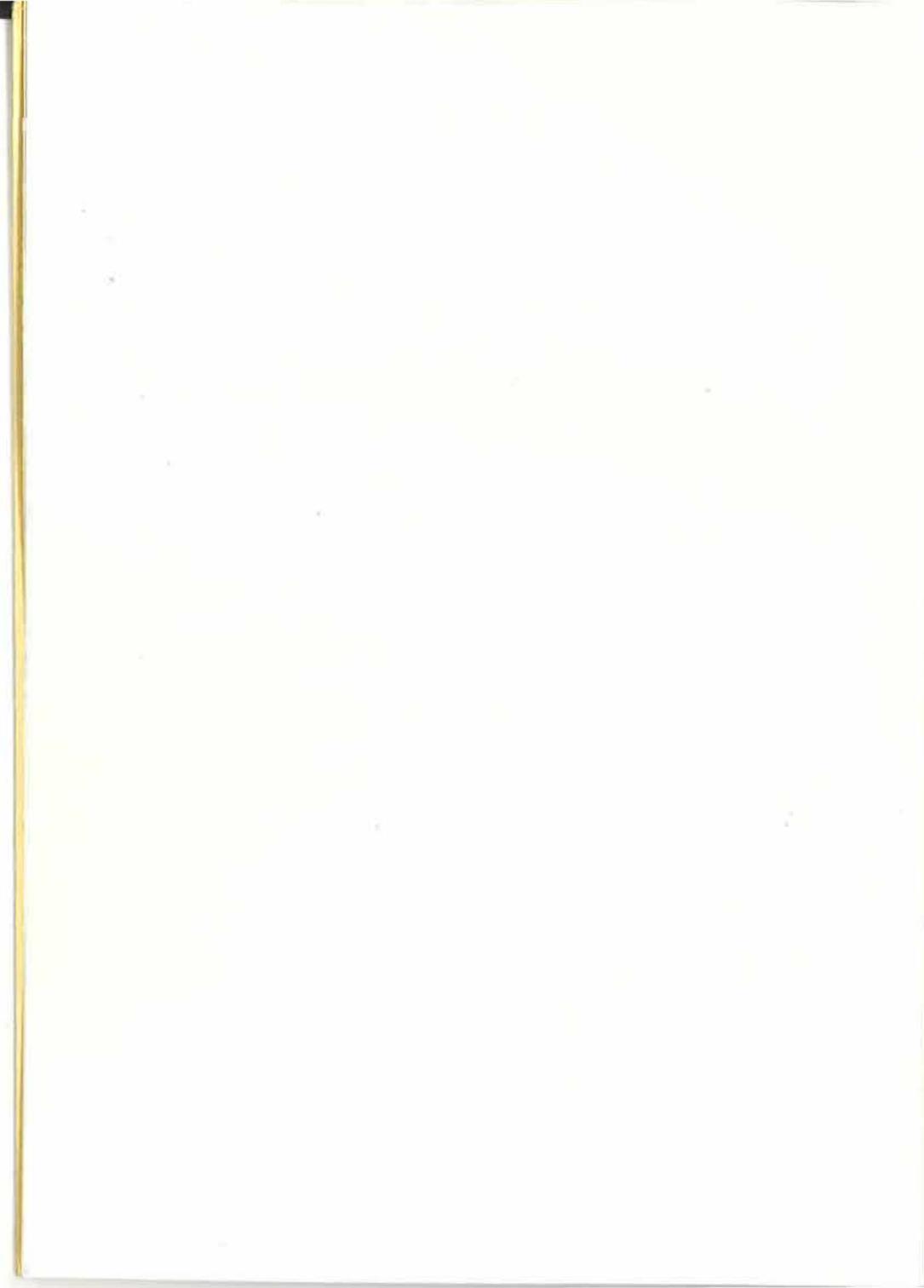
Marcelo F. Aebi

Marcelo F. Aebi nació en Martínez, Buenos Aires, en 1966 y vive en Suiza desde 1992. Es abogado (Universidad de Buenos Aires) y doctor en criminología (Universidad de Lausanne). Ha publicado numerosos artículos de investigación criminológica en Europa. En 1991 obtuvo el primer premio del 2º Concurso Literario del Colegio de Abogados de San Isidro, Buenos Aires. Posteriormente, su cuento "Siempre tendremos París" –incluido en este libro– obtuvo una mención honorífica en el Concurso Literario 1994-1995 de la Universidad de Fribourg, Suiza.





## **Un color sepia**



**Marcelo F. Aebi**

**Un color sepia**

**Ediciones Simurg  
Buenos Aires  
2000**

TAPA: *La guitarra*, de Juan Gris

ISBN: 987-9243-48-X

© Marcelo F. Aebi, 2000

© Ediciones Simurg  
Jerónimo Salguero 33 6° D  
1177 Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

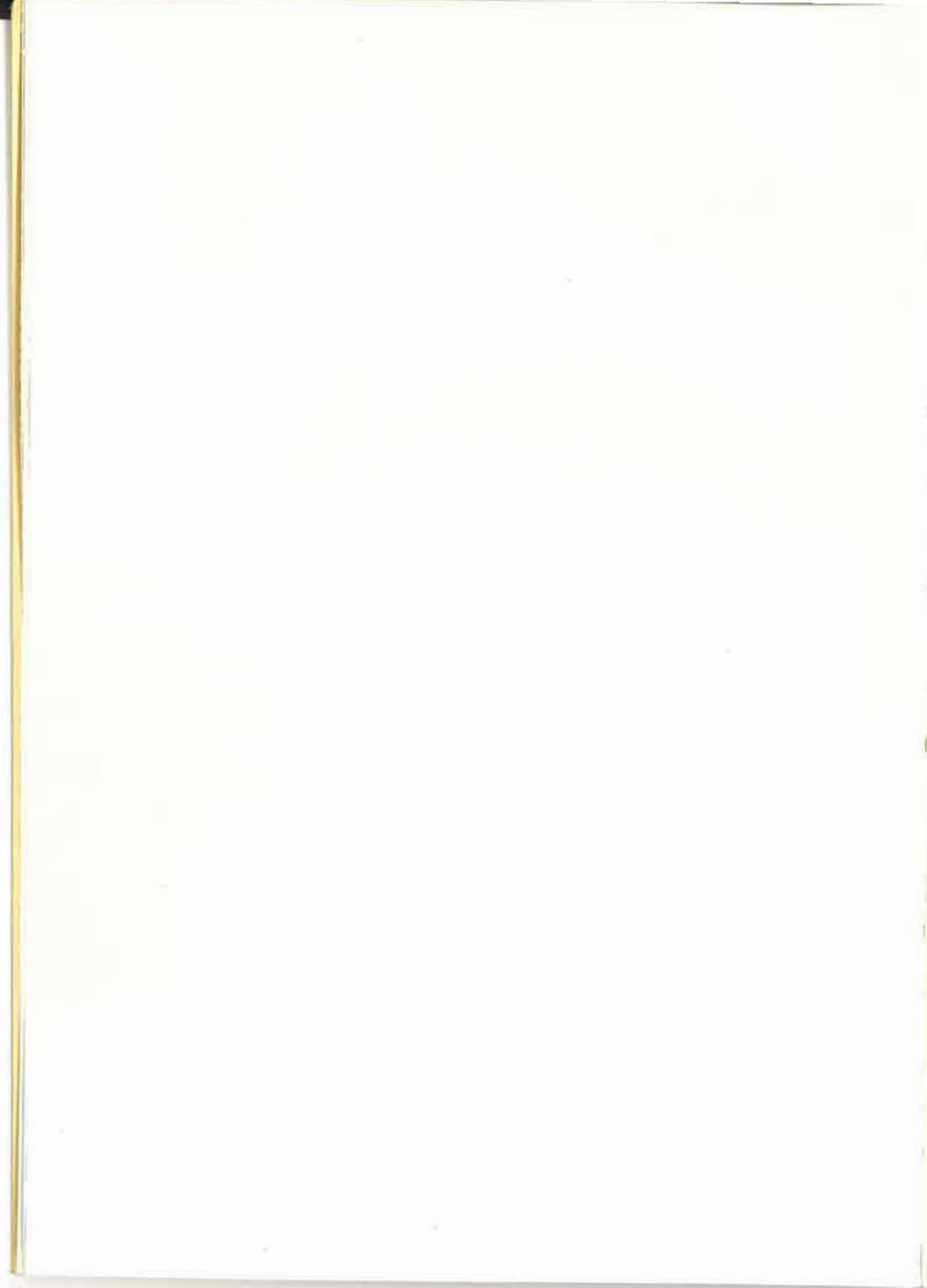
LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

*A*

*Graciela Kronicz*

*Mélanie Aebi*

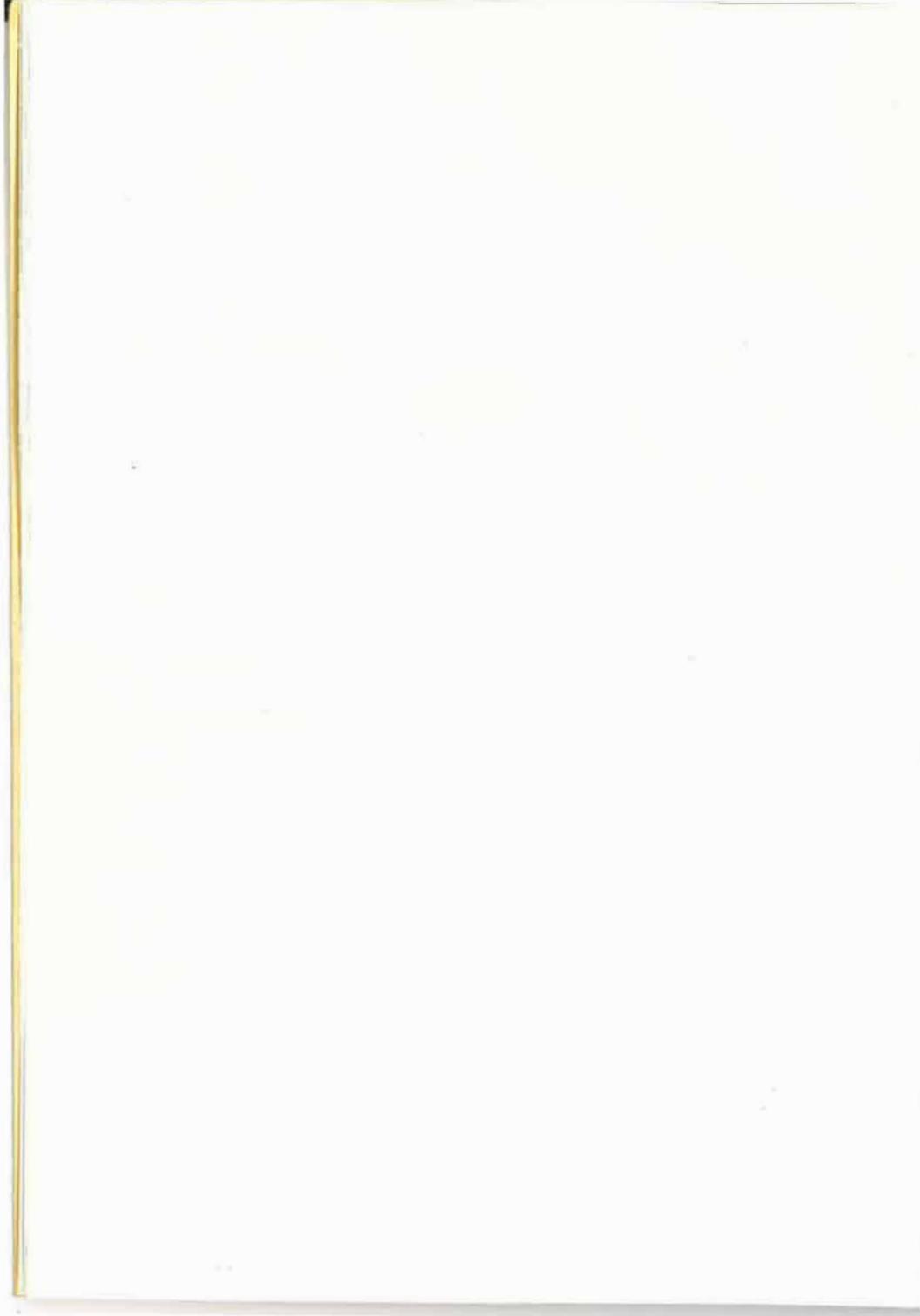
*Santiago Espel*



## AUSENCIA

A veces en la vida ocurren terremotos, y sólo cuando el piso acaba de moverse, uno advierte que, entre otras cosas, las nostalgias han cambiado de sitio.

Mario Benedetti, *El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo*



Era un olor a café y tostadas recién hechas; un olor difícil de explicar. El café se calentaba en una cafetera de metal y había que sacarlo del fuego justo antes de que hirviera. Lo importante era que no se quemara, pero que estuviera a punto de hervir. Había que destapar la cafetera bastante seguido, para poder apagar la hornalla en cuanto las primeras burbujas comenzaran a formar una corona de espuma sobre el café. Y cada vez que se destapaba la cafetera, salía una bocanada de vapor. Un vapor con aroma a café que se escapaba también por el pico de la cafetera y se mezclaba con el olor del pan, preparado en una tostadora eléctrica. Una tostadora vieja, con una puertita de cada lado, en la que nada era automático. Había que dejar el pan un minuto, o sacarlo cuando empezara a salir humo.

Era el olor de las mañanas del sábado, del domingo, de las vacaciones. Un olor que invadía la casa poco a poco, ganando terreno desde la cocina hasta cada una de las habitaciones, igualito que el sol de la mañana.

Por cierto, no pensaba en eso aquel día, el día de los trámites. Volvió cansado, cerró la puerta, y se sacó el abrigo

queapestaba a cigarrillo. Estaba solo en la casa, era pasado el mediodía y las persianas seguían bajas. Buscó un disco y graduó muy bajo el volumen de la música. Después se sacó los zapatos y se tiró sobre el sofá. Se quedó así, acostado boca arriba, sin pensar en algo preciso.

Las imágenes fueron viniendo solas, atraídas quizá por las viejas canciones. Como le pasaba siempre, un recuerdo despertaba otro sin que hubiera una coherencia clara entre ellos. Los veía desfilar, pero no podía retenerlos.

Cuando la música terminó, las imágenes también perdieron fuerza. El cansancio, la casa silenciosa y el sofá eran una invitación al sueño.

Y de pronto, en uno de esos raros e inexplicables instantes de lucidez que nos sorprenden a veces, volvió a percibir aquel olor, y comprendió lo que significaba.

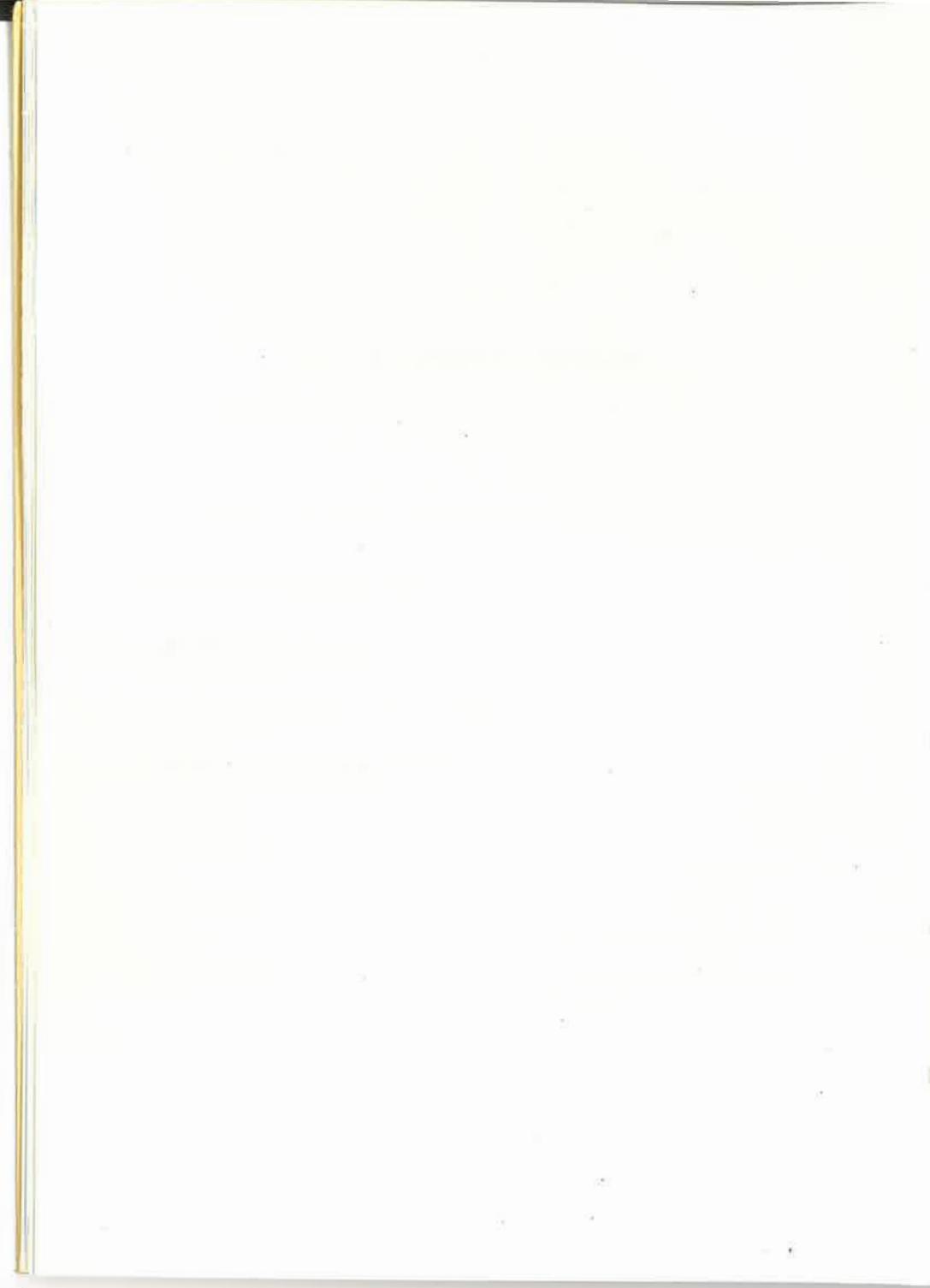
Hasta entonces, había pensado que la nostalgia iba a ser algo diferente. Que extrañaría ciertas palabras, ciertos lugares, ciertos momentos. Que su nostalgia sería una nostalgia romántica y bohemia. Esto, en cambio, era un golpe bajo, algo prosaico y hasta vulgar.

Sin embargo, tuvo que rendirse a esa opresión que lo invadía. Comprendió que nunca más volvería a sentir aquel olor. Comprendió que el aroma de aquellas mañanas estaba perdido para siempre. Comprendió, definitivamente, que toda su nostalgia podía resumirse en *esa* ausencia.

## SIEMPRE TENDREMOS PARÍS

Nuestras sociedades no quieren testigos. No quieren críticos. Y cada escritor, como cada revolucionario, es de algún modo eso: un hombre que ve, escucha, imagina y dice: un hombre que niega que vivimos en el mejor de los mundos.

Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*



La memoria es selectiva, dicen. De aquel verano me quedan algunos momentos, el color del cielo al amanecer, un olor a jazmín. Recuerdos inconexos que permiten saber lo que pasó, aunque lo más importante sea irrecuperable.

Yo tenía dieciséis años. Vivía con mis viejos en una ciudad de la costa, una ciudad con una sola calle principal donde te cruzabas con las mismas personas cada cinco minutos. Fuera de temporada, me gustaba pasar el tiempo escuchando música con mis amigos mientras hacíamos planes para el verano. No es que la vida fuera aburrida durante el resto del año, pero en verano llegaban los turistas y empezaba la verdadera diversión. Nosotros les seguíamos el ritmo: de la casa a la playa y de la playa a la casa, mañana y tarde. También nos gustaba desafiarlos a jugar al volley. En realidad, nos habíamos entrenado durante meses para esas pocas semanas, así que nuestra especialidad era humillar a los equipos de recién llegados. Nos divertíamos barato. Los hacíamos jugar al mediodía, a pleno sol, y había que verlos unas horas más tarde: parecían camarones.

A la noche salíamos siempre en grupo. Caminábamos de una punta a otra de la calle principal. Nos parábamos de tanto en tanto para entrar en una disquería, jugar a los flippers,

o tomar una cerveza. Después íbamos a buscar la guitarra a casa de Sergio, hacíamos un fogón en la playa y nos quedábamos hasta el amanecer cantando las canciones de Moris, de Sui Generis, de Almendra. Otros grupos nos veían y se acercaban a cantar con nosotros. Era la mejor forma de conseguir chicas.

Con Carol hubo algo especial desde el principio. Llegó una madrugada, justo en la estrofa en que el oso se escapa del circo para volver al bosque. Venía del lado del mar y traía los zapatos en la mano. Me llamó la atención porque era mucho más grande que nosotros. Luego supe que tenía veinticinco años.

Enseguida empezamos a hacernos los graciosos. En esa época nuestra única forma de comunicarnos con las mujeres era decir algo divertido a cada momento. Si una historia no tenía algo de qué reírse, mejor no contarla. Carol nos siguió el juego, disimulando con sus sonrisas los años que nos separaban.

Después, como cada madrugada, se fueron formando algunas parejas que se alejaron del grupo. Yo me quedé hasta el final, hasta que sólo fuimos seis o siete y se acabó la música. Ya en esos años tenía la manía de resistir hasta que cierran los bares, se apagan las luces y no queda más remedio que ir a dormir. Carol seguía sola, fumando de cara al mar. Me senté a su lado y encendí un cigarrillo. Era una pose vista en el cine, una forma de llamar la atención. Durante un rato nos quedamos en silencio, escuchando el ru-

mor del mar, hasta que ella dijo que se iba y me preguntó si quería acompañarla.

Caminamos por la arena húmeda. Carol llevaba otra vez los zapatos en la mano. Era muy tarde, o muy temprano, y ya el cielo empezaba a clarear. Bastó mirarnos una vez para darnos cuenta de que los dos teníamos ganas de ver el amanecer.

Nos sentamos en la arena, y durante un rato ella dirigió la charla, o mejor dicho, el interrogatorio. Quería saber todo de mí: qué cosas me gustaban, qué hacía, qué pensaba.

Luego el primer destello del sol rompió la línea en que el cielo y el mar se fundían, y ya no hablamos.

—Media hora de espera para dos minutos de amanecer —dijo Carol más tarde, cuando el sol estuvo alto sobre el horizonte—. Lo ideal sería vivir en el planeta del Principito.

La acompañé hasta el edificio donde vivía y quedamos en vernos la noche siguiente, porque ella tenía cosas que hacer a la tarde. Después volví a casa siguiendo las huellas que habíamos dejado sobre la arena unos momentos antes. Un grupo de hombres con uniforme naranja limpiaba la playa. Algunos madrugadores corrían junto al mar. A lo lejos, entre los médanos, vi una pareja.

Nos encontramos en el espigón y estuvimos caminando hasta medianoche. Caminábamos tanto en aquellos días. Antes de acompañarla a su casa, la invité a tomar algo. Ella no quería saber nada con los boliches de moda, así que le

propuse ir a un café que había abierto a principios de esa temporada. Se llamaba *París, Café París*. Estaba un poco alejado del centro, pero nos gustó y pasó a ser nuestro punto de reunión.

Íbamos siempre a la misma mesa. Justo en un ángulo, para poder ver todo el salón de un lado y el mar del otro. A Carol le gustaba sentarse en el rincón.

—Es un consejo de Hemingway —me dijo una vez—. ¿Leíste *Al otro lado del río y entre los árboles*?

—No.

—A ver, contáme qué lees.

Yo cité tres o cuatro *best-sellers* que ahora callo por pudor. Ella sonrió. Después, sin criticarme, anotó en una servilleta una lista de autores y de libros.

—Si alguna vez tenés ganas de leer algo diferente, éstos son mis libros preferidos.

Otra noche, buscando un paquete de cigarrillos, Carol empezó a vaciar su cartera sobre la mesa. Entre las cosas que sacó había un ejemplar de *Los viajes de Gulliver*.

—¡Qué chiquilina! Mirá lo que lees —dije, empezando a hojearlo.

—Primero —explicó ella poniéndose seria—: *Gulliver* no es un libro para chicos.

—Pero este libro...

—Exacto. Eso es lo segundo. Que el libro esté forrado con la tapa de *Los viajes de Gulliver* no quiere decir que sea *Los viajes de Gulliver*.

—¿Y qué libro es entonces?

—Un libro prohibido.

—¡No me digas que tenés un libro prohibido! ¡Sos una genia!

—Tratá de no gritar.

—Eh, che, no pasa nada.

—Nunca se sabe. ¿No te conté la historia de Gabriel, que vino de Uruguay con un libro de los hermanos Marx y terminó detenido veinticuatro horas por comunista?

*Café París.* El dueño era un santiagueño que se pasaba el día entero instalado detrás de la caja, atento a lo que se consumía en cada mesa. Una vez, Carol quiso hablar con él.

—¿Por qué le puso *París* al café? ¿Estuvo allá?

El empezó a mover la boca de un lado para otro —después Carol me diría: “Éste sí que rumiaba la respuesta”—, se rascó la barbilla, puso cara de hombre que la sabe lunga, y finalmente dijo:

—Le voy a ser sincero. A mí me hubiera encantado ponerle *El Hoyo*, que es el nombre de mi pueblito, pero imagínese que con ese nombre me fundo en dos días. Fíjese un poco en los nombres de los demás negocios. Todos en inglés. Un muchacho me dijo que le pusiera *The hole*, pero a mí me sonó muy español.

Era un tipo piola el santiagueño. No se podía saber si hablaba en serio o en broma.

—París, ¿te das cuenta? —dijo Carol más tarde—. Éste es un país de afrancesados. Borges dice que los argentinos

queremos ser franceses honorarios. Las mujeres se mueren por un francesito que les arrastre las erres. Y los tipos ni te cuento: por una francesa venden a su mejor amigo. ¿Y sabés cuál es la mejor? Que las francesas empezaron viniendo acá como putas, en la época de la inmigración. Las llamaban las *loras* porque hablaban como loras y nadie entendía lo que decían. Y en un momento dado, la puta se transforma en diosa. Es un tema para Freud, no me digas.

—¿Y vos nunca fuiste a París? —le pregunté.

—Pude haber ido; pero preferí quedarme.

—¿Tenés miedo de que te guste?

Ella me miró, sonrió, y yo no me di cuenta entonces de que jamás encontraría las palabras para describir esa sonrisa.

De vez en cuando, Carol me sacudía uno de sus monólogos. Ahora pueden parecer panfletarios; no sé, no creo. Yo la escuchaba maravillado. Era mi gurú, mi guía, mi primer amor. Me abría las puertas de un territorio desconocido. Me mostraba el mundo como yo jamás lo había imaginado.

Me acuerdo de la noche en que me explicó cómo funcionaba una multinacional. Habíamos pasado frente a uno de esos negocios de hamburguesas que recién empezaban a verse en aquellos años, y a mí se me ocurrió invitarla a comer.

—¿Pero vos estás loco? —dijo Carol—. Pensá un poquito. Yo te voy a explicar. Mirá: vos comprás una hamburguesa, una coca y unas papas fritas, ¿no? ¿Cuánto te sale? Pongamos diez pesos, para hacer números redondos. ¿Cuánto

gana la empresa? Por lo menos tres pesos, ¿o no? Ahora, de esos tres pesos, date cuenta que *uno*, un peso de cada diez que vos ponés —dijo remarcando las palabras—, se va a los Estados Unidos. ¿Te das cuenta un poco? No, querido, yo no les doy ni un centavo a los yanquis. Y encima son tan hipócritas que a sus empresas las llaman multinacionales. ¿Dónde están y cuánto ganan las otras naciones?

Terminamos tomando una cerveza en nuestro *Café París*, y Carol sentenció:

—Los romanos dominaban con la ocupación. Los yanquis con la economía.

—Vos tendrías que ser filósofa —dije entre serio e irónico.

—Y vos calláte y tomá esa cerveza. Aprovechá, que si estuvieras en Yanquilandia no podrías porque sos menor. Y qué mal suena eso de filósofa, che. No hay caso, las palabras inventadas por los hombres sirven únicamente para los hombres.

Sólo una vez nos vimos de día. A las cinco de la tarde daban *Casablanca* en el único cine de la ciudad, y Carol dijo que había que verla porque formaba parte de la educación sentimental obligatoria.

Ella lloró al final, y yo le pasé un brazo sobre los hombros mientras con la otra mano me secaba mis lágrimas lo más disimuladamente posible.

Cuando salimos, el cielo estaba cargado y ya se veían algunos relámpagos. Empezamos a caminar, alejándonos del centro. De golpe se oyó un trueno y enseguida vino la lluvia.

Primero unas gotitas, después una tormenta de aquéllas.

—A la flauta.

—Tropical.

—Torrencial.

—De Padre y Señor nuestro.

—De puta madre.

Nos reíamos como locos, y empezamos a correr, y la vereda estaba resbalosa, y nos agarramos de la mano. Y así corrimos y corrimos y al final nos refugiamos bajo el techo de una parada de colectivo. Y estábamos empapados y agitados, pero nos seguíamos riendo.

Y luego vino ese momento inevitable para quienes no son todavía amantes; ese momento en que hay que mirarse entre la risa o el llanto, y se sabe que ya llega el final, que hay que dejar de reír, y el amor aparece en las miradas, y entonces besarse es natural y necesario.

Ahí estaba yo, de pie frente a ella, con la risa que empezaba a apagarse y con los ojos fijos en los suyos. “Si esto fuera una película —pensaba—, ahora tendríamos que besarnos. Habría un fundido. Fin. Después aparecería el reparto.”

Ella tenía la cabeza ladeada. Acercó su mano a mi cara, y con la punta de los dedos me acomodó el pelo, que el agua había pegado a mi frente. Yo ya no escuchaba la lluvia ni los truenos; sólo sentía un olor a jazmín.

Por un instante estuve seguro de que ya no importaba la diferencia de edad ni el abismo que separaba nuestros mundos. Supe que Carol me habría besado allí, mientras la lluvia caía a nuestro lado, mientras el mundo se caía a pedazos alrededor de nosotros.

Pero, mientras pensaba en eso, la magia terminó. Se rompió el cristal. De pronto estábamos de vuelta de este lado del espejo, y ella sacaba un pañuelo de su cartera y se secaba la cara y me decía: “Mirá, ahí viene el colectivo. Andá a tu casa. Secáte, cambiáte, y nos vemos a la hora de siempre en el café, ¿si?”. Y así me mataba dulcemente, me echaba para siempre de ese mundo que pudo haber sido también el mío, me dejaba irremediabilmente del otro lado de la pared.

Como despertándome de un sueño llegaba la voz del colectivero: “¿Suben o no suben?”, ella me empujaba un poco y yo ya estaba en el colectivo, alejándome, mirándola por el vidrio de atrás, pensando en Rick que decía: “Siempre tendremos París”.

Eso es todo lo que recuerdo. Eso, y la noche siguiente. La última noche.

Habíamos ido al fogón en la playa. Sé que cantamos mucho, que en un momento alguien propuso jugar a la escondida, que se discutió si era un juego infantil o no, y que Carol dirimió la discusión ofreciéndose a contar primera. Después volvimos a sentarnos junto al fuego. Alguien tocaba *The long and winding road* y yo había apoyado mi espalda contra el hombro de Carol. Ella miraba hacia el horizonte apenas perceptible en la oscuridad.

—Pensar que hay gente que se muere de sed en el medio del mar —dijo—. Qué locura, ¿no? Imaginate un naufrago, solo en el medio del mar. Debe ser terrible morir de sed rodeado de tanta agua.

Nos quedamos así, escuchando la música, hasta que los otros se fueron y estuvimos solos.

Faltaba poco para amanecer. El cielo era un inmenso degradé. El lado oscuro estaba detrás de nosotros, y la luz surgía lejos, detrás del mar. Carol me contaba cómo Buster Keaton se las ingeniaba para sacarse de encima a un pretendiente de su novia.

—El tipo está hablando con la chica al borde del agua. Llega Buster. Ella no lo ve, pero el tipo sí. ¿Te lo imaginás al tipo? Es un gordo grandote, el típico malo de las películas mudas. La cuestión es que apenas aparece Buster, el gordo le pega un empujón que lo tira al suelo. Y lo cómico es que Buster ¡paf! vuelve a aparecer en escena como si tuviera un resorte. Y entonces, para sacarse al gordo de encima, agarra un pañuelo y lo tira al lado de la chica. El gordo piensa que es de ella. Como todo un caballero, se inclina para agarrarlo, y ahí Buster, de taquito, lo manda de cabeza al agua.

No los oímos hasta que estuvieron casi al lado nuestro.

—Es ella.

La playa estaba llena de policías. Detrás de nosotros había tres tipos de civil, con anteojos negros a pesar de la hora. Uno de ellos agarró a Carol. A mí me empujaron hasta un grupo de gente que habían encontrado en la playa. Había una pareja que terminaba de vestirse entre los insultos de un cabo. Había una chica llorando. Había un adolescente aterrorizado. Todo pasaba demasiado rápido. Tuve miedo. A Carol se la llevaban los tipos de anteojos. La subieron a un auto. Yo no entendía lo que pasaba. Los gritos de los policías, los empujones, el control de documentos. El auto que

se alejaba llevándose a Carol.

Así se la llevaron. El resto fue rutina, la rutina de aquellos años. La búsqueda inútil. La impotencia. El terror al escuchar los relatos de los sobrevivientes. Imaginar cada día lo que pudo haber pasado; pero no volver a verla nunca más.



## INSPECTOR

Il paraît qu'il n'y a pas de sots métiers  
Moi, je fais des trous dans des billets  
Je fais des trous, de petits trous,  
encore de petits trous  
De petits trous, de petits trous,  
toujours de petits trous

...

Il y a de quoi devenir dingue  
De quoi prendre un flingue  
Se faire un trou, un petit trou,  
un dernier petit trou

Serge Gainsbourg, *Le poinçonneur des lilas*



El guarda bajó del tren cargando la valija de la mujer embarazada. Apenas levantó la mirada, vio venir corriendo hacia él al hombre que la esperaba en el andén. Intentó darle la valija, pero el tipo lo esquivó con un rápido movimiento de cintura y abrazó a la mujer. Detrás quedó el guarda, valija en mano y sintiéndose tan ridículo como en sus épocas de full-back del equipo de su barrio. Para disimular, recorrió el andén con la vista.

Era domingo a la noche y la estación estaba bastante concurrida. Había familias, grupos de jóvenes, alguna que otra pareja de ancianos. A unos veinte metros de él, hacia el final del vagón siguiente, un hombre gesticulaba frente a una de las ventanillas. Saludaba con grandes ademanes, saltaba para atrás y para adelante, golpeaba suavemente la ventanilla cerrada y tiraba besos con la mano. Observándolo, el guarda no pudo evitar acordarse de los trenes que circulaban durante sus primeros años de trabajo. En aquella época se podía bajar la ventanilla y darle la mano a la gente, pero ahora la climatización obligaba a fabricar vagones que por poco parecían blindados.

Volvió a mirar a la pareja. La cosa iba para largo. Instintivamente, controló la hora. Según su reloj todavía faltaban

tres minutos para la salida del tren; según el de la estación faltaban sólo dos. Carraspeó. La pareja no se dio por enterada. El gesticulador seguía saludando.

Sin saber qué hacer, el guarda se puso a pensar en los tiempos en que se interesaba por cada una de esas escenas. Siempre hay alguien despidiéndose en una estación, y durante muchos años le había gustado imaginar la historia escondida detrás de esos últimos minutos. Hasta había desarrollado una especie de estadística de las despedidas. En la mayoría de los casos se trataba de una pareja; un poco menos frecuentes eran los grupos de amigos; mucho más lejos —aunque en esos casos las despedidas eran particularmente lacrimógenas— venían las separaciones de padres e hijos. Claro, éstas eran las categorías generales; después había muchas subcategorías. Dentro de las parejas estaba, por ejemplo, el amor de verano. Era el caso típico de las estaciones de la costa. Ahí todo era muy intenso: abrazos, promesas, lágrimas y gritos cuando el tren se ponía en marcha. Estaba también la despedida por vacaciones de uno de los novios. En este caso el ambiente era bastante tenso porque el fantasma de la infidelidad estaba siempre presente. Un caso muy raro era la despedida definitiva, la que sigue a una ruptura. En esos casos las lágrimas venían de un sólo lado; era lo que él denominaba *llanto unilateral*.

El guarda apostaba contra sí mismo. Arriesgaba un pronóstico sobre el tipo de despedida, y después se las arreglaba para intentar comprobarlo. La mejor táctica era pasar a controlar los billetes apenas salía el tren y aprovechar la ocasión para decirle unas palabras de aliento a la persona que

lloraba. Por ejemplo: “Tranquilícese, señorita, ya van a volver a verse”. La respuesta a esta frase era clave. Recordaba algunos casos que él calificaba de históricos, como aquella chica que le dijo:

—¡A ese hijo de puta no quiero verlo nunca más!

“Ruptura definitiva”, había concluido sin exigirse demasiado el guarda, mientras anotaba mentalmente que se debía a sí mismo dos pesos.

Las cosas habían cambiado mucho desde aquella época. La táctica del consuelo se había vuelto peligrosa, tal vez porque a la gente ya no le gusta tanto compartir sus penas con desconocidos. Varias veces lo habían insultado por meterse en lo que no le importaba. Pero se equivocaban. A él sí le importaba. Era capaz de recorrer el tren de punta a punta para constatar sus pronósticos y llevaba la cuenta exacta de las veces que había ganado o perdido. Sin embargo, había tenido que resignarse a abandonar su pasatiempo.

La decadencia de los pronósticos había coincidido con la llegada de los trenes modernos. En realidad, la decadencia de toda la profesión había empezado con los trenes modernos. Antes, cada función estaba bien delimitada. Un inspector —que así se llaman oficialmente los guardas— era verdaderamente un inspector, y lo único que hacía era controlar los pasajes. El maquinista se limitaba a conducir, y además tenía un ayudante. Había otra persona que se encargaba de todo lo que fuera mantenimiento y de dar la orden de arrancar. Ahora, con la famosa *reestructuración*, sólo quedaban el maquinista y él. Le habían dado una linterna ridícula, roja y verde, y con ella le indicaba al maquinista el momento en

que podían partir. Reducción de personal, abaratamiento de costos, eficacia. Todos los días escuchaba la misma cantinella. Antes era otra cosa. Él se presentaba como inspector y no le daba vergüenza explicar que era inspector de ferrocarriles y no de la policía. Ser inspector de ferrocarriles significaba conocer el país, viajar, un buen sueldo. Ahora, con el cierre de los ramales de larga distancia, lo único que se podía conocer era la provincia en la que se trabajaba.

Según el reloj de la estación, aún faltaba un minuto para salir. La pareja estaba en medio de un beso cinematográfico. El gesticulador saltaba de un lado para otro.

Las despedidas que más le gustaban eran las de los amigos. Dos por tres hasta se cantaban algo, y esto ya le daba un toque diferente a la cosa. Se acordó de un muchacho que con medio cuerpo fuera de la ventanilla había entonado: “Adiós muchachos, compañeros de mi vida”, pero esto había sido mucho tiempo atrás. En una época cantaban una canción que decía: “Se va el tren, se va lejos”, y después algo como “puertos hay en la estación”, pero esa parte nunca la había entendido bien. Lo de los puertos le sonaba un poco raro. Durante muchos años, los grupos que se iban de vacaciones gritaban: “Chicas y muchachos nos esperan allá, llevamos buenas cosas, llevamos buenas cosas”, pero esta canción tampoco le parecía adecuada, porque después hablaba de rutas en lugar de vías.

Se le ocurrió que lo mejor iba a ser interrumpir a la pareja y darles la valija de prepo; pero justo en ese momento vio que un muchacho se acercaba al gesticulador. Llevaba puesto un jogging y tenía las manos en el bolsillo de adelante y la cabeza cubierta con la capucha. En menos tiempo del que lleva contarle, el muchacho sacó un frasco de pintura en aerosol del bolsillo y empezó a correr para el lado de la locomotora mientras pintaba una larga línea negra sobre el costado de los vagones.

— ¡Atorrante! —gritó el guarda, y se largó a correrlo.

Alcanzó a pensar que en una época los trenes llevaban también un policía que se encargaba de mantener el orden; pero unos alaridos lo hicieron volver a la realidad.

— ¡Socorro! ¡Me roban la valija!

El guarda se dio vuelta sin dejar de correr: vio a la mujer embarazada que gritaba; vio al hombre junto a ella que empezaba a correrlo; pero, lógicamente, no vio al gesticulador que estaba frente a él y que al dar un salto se había atravesado en su camino. Se lo llevó puesto como si hubiera sido una columna. Los dos cayeron al suelo. La valija voló un par de metros, golpeó a una viejita que caminaba apoyándose en un bastón y terminó por abrirse. El andén quedó cubierto de pañales y ropa para bebé.

Enseguida, la gente se arremolinó en torno al guarda. La viejita le dio un bastonazo en la cabeza y le espetó:

— ¡Desgraciado! ¡No tiene ningún respeto por los viejos!  
¡Usted es peor que el gobierno!

Esta última afirmación sonó un tanto desubicada, pero, cuando alguien sugirió que no se hablara de política, la viejita sacó su recibo de jubilación y lo mostró como si fuera la cabeza del enemigo clavada en una pica.

—¿Y esto no es una falta de respeto? —desafió.

Entonces llegó la mujer embarazada. Pareció que iba a darle una cachetada al guarda, que seguía en el suelo; pero él no le dio tiempo. Se levantó hecho una fiera y empezó a gritar. La gente retrocedió un paso. El guarda dijo algo sobre la autoridad, el respeto y la delincuencia juvenil.

—Es cierto —dijo un hombre—. Mire cómo le pintaron el tren.

Una línea negra atravesaba casi todos los vagones. Cerca de la locomotora, el muchacho había tenido tiempo de firmar con sus iniciales.

—Y... estos chicos no respetan nada —dijo una mujer mientras disimulaba en su cartera unos escarpines y encaraba para la salida de la estación llevando del brazo a la viejita.

—Disculpe —dijo la mujer embarazada, mirando compungida al guarda.

Entretanto, el hombre que estaba con ella había empezado a juntar las cosas desparramadas por el andén para ponerlas otra vez en la valija.

—¿Y esto cuánto lo pagaste? —preguntó mostrando una caja de juguetes.

—Ay, ¡no mepecemos! —dijo ella.

El guarda se alejó. Pasó al lado del gesticulador, que ahora rengueaba de una pierna pero seguía saltando, y se detuvo frente a la puerta del vagón. Subió al estribo y desde allí

volvió a mirar al gesticulador. Pensó que no había nada más ridículo que un tipo saludando frente a una ventanilla cerrada, tratando de hacerse entender con mímica. “El tiempo está de mi lado”, se dijo, sabiendo que podía hacer durar ese ridículo varios minutos. Le bastaba con demorar un poco más la salida del tren; pero ya estaban atrasados, y además habría sido injusto hacer una cosa así. Para ridículo, ya estaba él mismo. El que tuviera alguna duda, que mirara el estado de su uniforme. Sintió vergüenza, y empezó a sacudir el polvo que lo cubría de arriba abajo. Entonces vio que el pantalón estaba roto a la altura de la rodilla.

—¡Me cache!— dijo en voz alta, respetando el reglamento que prohibía todo insulto o palabra grosera—. ¡Un pantalón nuevo!

Con toda la bronca, sacó la linterna del bolsillo e intentó encenderla. No funcionaba. Cuando la miró bien, vio que el vidrio estaba rajado y la lamparita rota.

—¡La puta madre! —dijo esta vez, olvidando el reglamento al darse cuenta de que iba a tener que pagar el pantalón y la linterna de su bolsillo, porque el ferrocarril ya no reponía el material de trabajo.

Bajó del estribo y empezó a hacer señales con los brazos. El gesticulador se quedó quieto y lo miró fijo; lo miró mal. El guarda se le acercó.

—No me malentienda —dijo.

—¿Me estás haciendo burla? —matoneó el gesticulador, y antes de que el guarda abriera la boca, lo agarró por las solapas y lo estampó contra el vagón.

Por suerte, en ese momento llegó el jefe de estación y se

interpuso entre los dos.

—¿Qué está pasando acá?— gritó.

Por toda respuesta, el guarda le mostró la linterna rota.

—Váyase rápido —dijo el jefe—, pero le advierto que voy a tener que hacer un informe. Y usted quédese quieto de una vez —agregó dirigiéndose al gesticulador que, entre salto y salto, se debatía entre seguir saludando o continuar la pelea.

—Voy a darle yo mismo la orden al maquinista —dijo el guarda, y empezó a alejarse. Enseguida escuchó la voz del jefe que le decía:

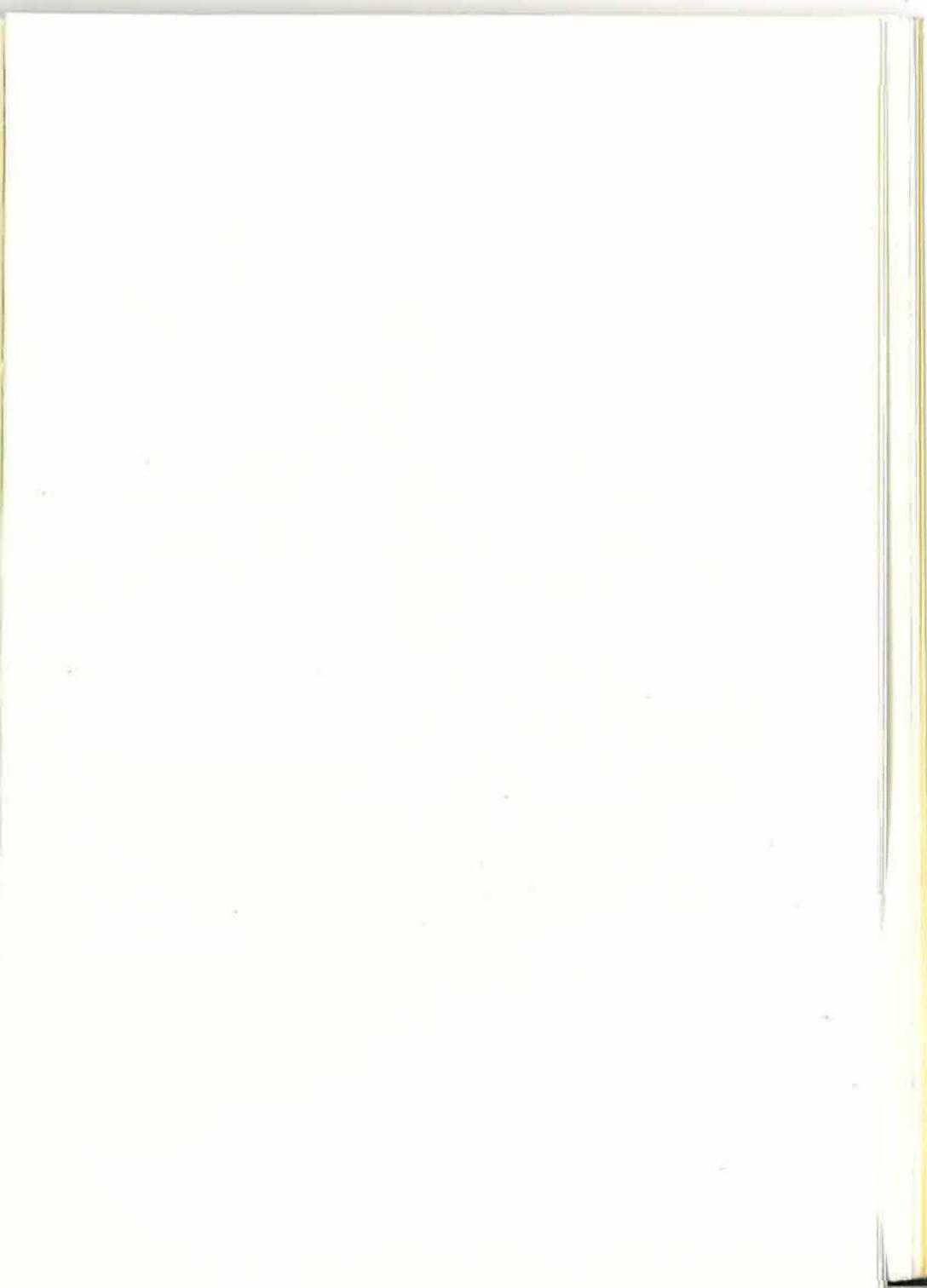
—Inspector, tiene la espalda manchada de negro.

Instintivamente se tocó la espalda con la mano. Sintió algo húmedo. Cuando volvió a mirar su mano, estaba empapada en pintura negra. No dijo nada. No valía la pena decir nada. Levantó la mirada y vio al maquinista que había bajado de la locomotora y venía hacia él.

—¡Y vos arrancá de una buena vez, pelotudo! —le dijo.

El maquinista lo miró torcido y se fue refunfuñando:

—Éstos se piensan que porque son inspectores tienen todo permitido. Manga de amargados. Claro, los tipos se dan la gran vida y a fin de mes se llevan el toco. ¡Inspector! ¡Chanchito querrás decir! Lo único que hacen es picar boletos, y si te descuidás, ni eso saben hacer. Por culpa de este forro tenemos como diez minutos de atraso, y seguro que después me van echar la culpa a mí. ¡Inspector! No me hagás reír.



## UN COLOR SEPIA

Time it was and what a time it was.  
It was a time of innocence,  
A time of confidences.  
Long ago it must be,  
I have a photograph,  
Preserve your memories.  
They're all that's left you.

Paul Simon, *Old Friends*

Cuando abrí los ojos, estaba en una cama de hospital. Supe que eran las diez de la mañana porque se oían las campanas de la iglesia que llamaban a misa. Enseguida vino el médico y dijo que tenía una noticia buena y una mala. La buena era que Amadeo estaba bien; la mala era que el incendio había destruido la casa y todo lo que había adentro. No se había salvado nada, ni un solo mueble.

En aquel momento no me pareció tan grave; lo importante era que Amadeo estaba bien. Pensé que dos viejos como nosotros no teníamos necesidad de tremendo caserón. En realidad, estaba tan confundida que no podía razonar. Es difícil explicar lo que se siente en un caso así; sólo la que lo vivió puede entenderlo. Por momentos pensaba en todo lo que habíamos perdido, o mejor dicho en que lo habíamos perdido *todo*; pero decir todo es como decir nada. Es algo general, abstracto, como esas fotos en que se ven cientos de personas, pero no se puede distinguir ninguna. Sólo empecé a tomar conciencia de lo que había pasado cuando me permitieron visitar a Amadeo. Él estaba en plena depresión y le había dado por enumerar las cosas que habíamos perdido.

—Un disco de Glenn Miller en el Carnegie Hall —de-cía—: tapa roja con una foto de Miller en el medio. Un pu-

llover naranja, comprado en San Bernardo: yo lo usaba poco y nada porque el color era muy chillón. Un gobelino que compramos en Amsterdam en el sesenta y cinco: se ve un canal y las casas que lo bordean. Un reloj cucú de la Selva Negra, que nos regaló la alemana que vivía enfrente...

No hubo psicólogo que pudiera calmarlo. Unos días más tarde nos dieron el alta y tuve que alquilar un departamento y comprar muebles, ropa, vajilla y todo lo necesario. Menos mal que Juan Manuel —uno de nuestros sobrinos— me ayudó a hacer los trámites, porque con Amadeo no se podía contar.

Nos instalamos en el departamento, pero él seguía en su mundo. Durante las primeras semanas, lo único que hizo fue pensar en su colección de discos de jazz. Se puso a silbar las canciones que recordaba, como si fuera una radio ambulante. Primero anunciaba el nombre del disco: *The Dave Brubeck Quartet: Time Out*; después silbaba uno a uno los temas: *Blue Rondo a la Turk... Strange Meadow Lark... Take Five...* y a veces hasta intercalaba algún comentario.

—¿Sabías que en la tapa de ese disco hay un cuadro de Miró? Le pidieron la autorización, eso sí. Yo leí toda la historia en ese libro de jazz que me regaló Marcel, ¿te acordás? Ese muchacho que decía que lo de Glenn Miller no era jazz... Tenía razón; pero yo en esa época todavía no me había dado cuenta.

A Juan Manuel le dio tanta pena verlo así, que un sábado a la tarde se apareció con un equipo de música y varios dis-

cos de regalo. A partir de aquel día, Amadeo tomó la costumbre de comprarse al menos un disco por semana. Eso lo ayudó muchísimo a recuperarse. Hasta le volvieron las ganas de hacer cosas.

—Si tuviera el equipo de herramientas que me regaló Héctor podría hacer un mueblecito para poner los discos —me dijo una noche.

Aunque era bastante caro —y en ese momento había cosas mucho más importantes que comprar—, se lo regalé al día siguiente. Amadeo se puso contentísimo. Fue a la carpintería, trajo madera y empezó a trabajar al ritmo de la música. Le llevó unos días, pero hizo un mueble hermoso. Cuando lo terminó, se instaló frente a él en su sillón preferido y, después de moverse un poco hasta encontrar la posición más cómoda, dijo:

—¡Ah! Cómo me gustaría volver a tener mis libros para leerlos acá, mientras escucho música...

Era como un chico, y seguramente el psicólogo tenía razón cuando decía que no había que darle todos los gustos; pero yo no podía verlo sufrir. Así que le seguí el juego. Al menos, mientras pidió cosas que podían comprarse.

Todo cambió unos meses más tarde, exactamente el día que cumplió setenta y dos años. En plena madrugada, me despertó un ruido. Prendí la luz. Amadeo estaba sentado en la cama.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No me acuerdo de la cara de Rodolfo —dijo preocupa-

do—. Pienso y pienso, pero no me acuerdo. Desde esta tarde que estoy tratando.

Rodolfo era un amigo de juventud de Amadeo y llevábamos más de treinta años sin verlo. De recién casados, nos visitaba seguido; pero cada vez que venía se ponía a hablar con Amadeo de lo que habían hecho de solteros. Usaban palabras clave, daban cosas por sobreentendidas y se mataban de risa de las situaciones más estúpidas. Ni a mí ni a la mujer de Rodolfo nos gustaban esas reuniones, y a fuerza de poner mala cara conseguimos que se acabaran.

—Bueno, calmate y dormí un poco, que ya te vas a acordar —le dije.

Pero no hubo forma de que se tranquilizara. Terminó levantándose, y por la mañana lo encontré pensando en su sillón.

—Mirá —dijo—: me acuerdo del bar al que íbamos todos los jueves; me acuerdo de la mesa de billar que había en el fondo del bar; me acuerdo que la mesa tenía el paño roto en un ángulo; me acuerdo hasta de la marca que tenía en el mango el taco que usaba Rodolfo. Pero no puedo acordarme de la cara de Rodolfo. Lo veo de espaldas agarrando su taco, con el traje azul oscuro que se compró con el primer sueldo; pero cuando se da vuelta... no puedo distinguirle la cara.

—Quedate tranquilo, Amadeo. Tratá de pensar en otra cosa y ya vas a ver cómo después te acordás.

—¡Hasta me acuerdo de la bruja con la que se casó!

Pensé que se le pasaría con el tiempo; pero sucedió exactamente lo contrario. Cada vez estaba peor. Se pasaba los

días enteros sentado en su sillón, con la mirada fija en el equipo de música, escuchando sin cesar el mismo disco de Ella Fitzgerald.

Finalmente, decidí cortar por lo sano: busqué la guía de teléfonos y empecé a llamar a todos los Perugia que encontré. Creo que habría hecho lo mismo aunque se hubiera llamado Pérez o López. Ya no me importaba tener que aguantarme otra vez las mismas anécdotas. Además, después de cuarenta años, tampoco me importaba lo que Amadeo había hecho antes de casarnos.

Al quinto o sexto llamado di con el hijo de Rodolfo. Me dijo que su padre había muerto en un accidente, cinco años atrás; pero quiso saber para qué lo buscaba. Me parece que al principio pensó —vaya a saber por qué— que yo era una antigua novia de su papá. Entonces le expliqué bien la situación, y ahí tuvo la gran idea: si el problema era que Amadeo no se acordaba de la cara de Rodolfo, él podía mandarnos una foto.

Para Amadeo, la muerte de su viejo amigo fue un golpe duro, aunque de alguna manera previsible. Me parece que tenía el presentimiento de que Rodolfo había muerto, y quizás era justamente eso lo que lo había puesto tan nervioso. Quién sabe si en el fondo quería realmente volver a verlo en persona. De todas formas, lo tranquilizó el saber que al menos tendría una foto.

Desde el día siguiente, bajó cada mañana a esperar al cartero en el hall de entrada. Finalmente, cuando llegó la carta,

puso el sobre cerrado encima de la mesa del comedor y se sentó a mirarlo de lejos.

—Tengo miedo —dijo—. Imagínate si la foto que me mandó este muchacho es de cuando Rodolfo ya era viejo. Yo nunca lo vi de viejo. Yo lo que quiero es volver a verlo como lo conocí.

Siguió dando vueltas un rato, pero al final tomó coraje y abrió el sobre. Adentro había tres fotos y una carta dirigida al señor *Pichuqui*, el apodo de Amadeo en el barrio donde se había criado. Era una carta muy tierna, en la que el hijo de Rodolfo contaba que su padre le había hablado muchísimas veces de su gran amigo Pichuqui. También explicaba que se había demorado en mandar las fotos porque los álbumes estaban en casa de su madre. Ella lo había ayudado a elegir las y nos mandaba saludos. Al parecer, los años habían ablandado a la bruja.

En la primera foto se veía a un Rodolfo jovencito y tan buen mozo como yo lo recordaba. Era una de esos retratos que se hacían antes, en los estudios fotográficos, con marco blanco, fondo oscuro, y el rostro atravesando la imagen en diagonal. La segunda era una foto hecha durante el servicio militar, con Rodolfo enfundado en un uniforme de corte prusiano, serio como un zapato. La tercera fue la gran sorpresa. Era una foto de Amadeo y Rodolfo juntos, riendo a carcajadas, en la fiesta de casamiento de la hermana de Rodolfo —una zorra que le había arrastrado el ala a Amadeo durante años—.

—¿De qué nos estaremos riendo? —se preguntó Rodolfo, emocionado—. Alguna broma... perdida para siempre en el

tiempo —agregó después de pensar un rato, con ese tono de filósofo que le gustaba adoptar a veces.

Lo dejé solo para que se desahogara tranquilo. Me acosté y me quedé dormida en un santiamén. Llevaba muchos días mal descansada. Soñé que estaba de vuelta en casa, mirando nuestros álbumes de fotos. Afuera llovía y yo estaba preocupada porque las fotos habían tomado un color raro; ese color que toman a veces las fotos en blanco y negro con el paso del tiempo.

Durante las semanas siguientes, Amadeo volvió a contarme todas las viejas anécdotas de Rodolfo. Con el tiempo se habían vuelto un poco más exageradas, más audaces, y a veces hasta más cómicas. Sin embargo, yo tenía la cabeza en otra cosa y él no tardó en darse cuenta. Me lo dio a entender a su manera, una tarde en que me encontró mirando la foto del casamiento de la hermana de Rodolfo, que habíamos enmarcado y colgado en una pared del living.

—Sería lindo recuperar algunas de las fotos que teníamos —dijo.

Y ahí me tocó mi punto flojo. Desde que había visto esa foto, yo no había hecho más que pensar en nuestros viejos álbumes. Toda nuestra vida estaba en aquellas fotos perdidas. Hasta entonces, recuperarlas me había parecido imposible; pero al ver lo fácil que había sido encontrar las fotos de Rodolfo, comprendí que había una posibilidad. Seguramente nunca volveríamos a tener las mismas fotos; pero al menos tendríamos algo. Un recuerdo de nuestro paso por el

mundo, de lo que fuimos y de lo que hicimos; algo que mostrarle a los nietos de nuestros hermanos, para que no crean que siempre hemos sido esos viejitos sin historia y sin hijos que ellos conocen.

El plan que elaboramos fue simple: había que revisar las fotos de nuestros familiares y amigos hasta encontrar aquellas en que estuviéramos nosotros.

Empezamos por la familia. Uno a uno nuestros parientes nos fueron pasando los álbumes de fotos que tenían guardados. El problema era que casi siempre faltaban los negativos, y costaba convencerlos de que nos regalaran las fotos originales.

Amadeo, que desde el principio se dedicó de lleno a este proyecto, encontró la solución: compró una buena cámara y se inscribió en un curso acelerado de fotografía. Así, una vez que aprendió a manejar correctamente el teleobjetivo, pudimos hacer copias de las fotos que queríamos. Para que salieran bien hubo que invertir bastante plata, porque tuvimos que comprar luces especiales, un trípode, una pantalla de fondo y otros accesorios; pero valió la pena. En poco tiempo, las copias eran casi de la misma calidad que los originales.

Una vez que pasamos revista a los álbumes de la familia, empezamos a hacer lo mismo con los de nuestros amigos. Teníamos que mirar cientos de fotos para encontrar una en

la que estuviéramos nosotros, pero qué alegría nos daba el descubrirla.

Enseguida tratábamos de acordarnos del día en que nos habían hecho esa foto. ¿Cómo describir esos momentos? Con cada detalle recuperado, a mí, a pesar de mi artrosis, me entraban ganas de bailar. Un ejemplo: el cumpleaños de quince de Martita, la hija de Juan Pablo y Marina. En la foto que encontramos estoy con un vestido de fiesta blanco, regalo de Amadeo —aunque en realidad lo elegí yo— para nuestro primer aniversario de casados. Lo usé muy pocas veces. Un vestido hermoso; quizás el más bonito de todos los que he tenido. Lástima que en la foto no se luce porque estamos sentados; pero al menos ahora tengo una foto de ese vestido. Si no, no tendría nada. Y además es una linda foto. A mí se me ve alegre y aparentemente atenta a lo que dice alguien sentado a mi lado, pero que no aparece en la foto. Vaya a saber quién era. Hay cosas que no pueden recuperarse. Personas y momentos de vida que desaparecieron para siempre.

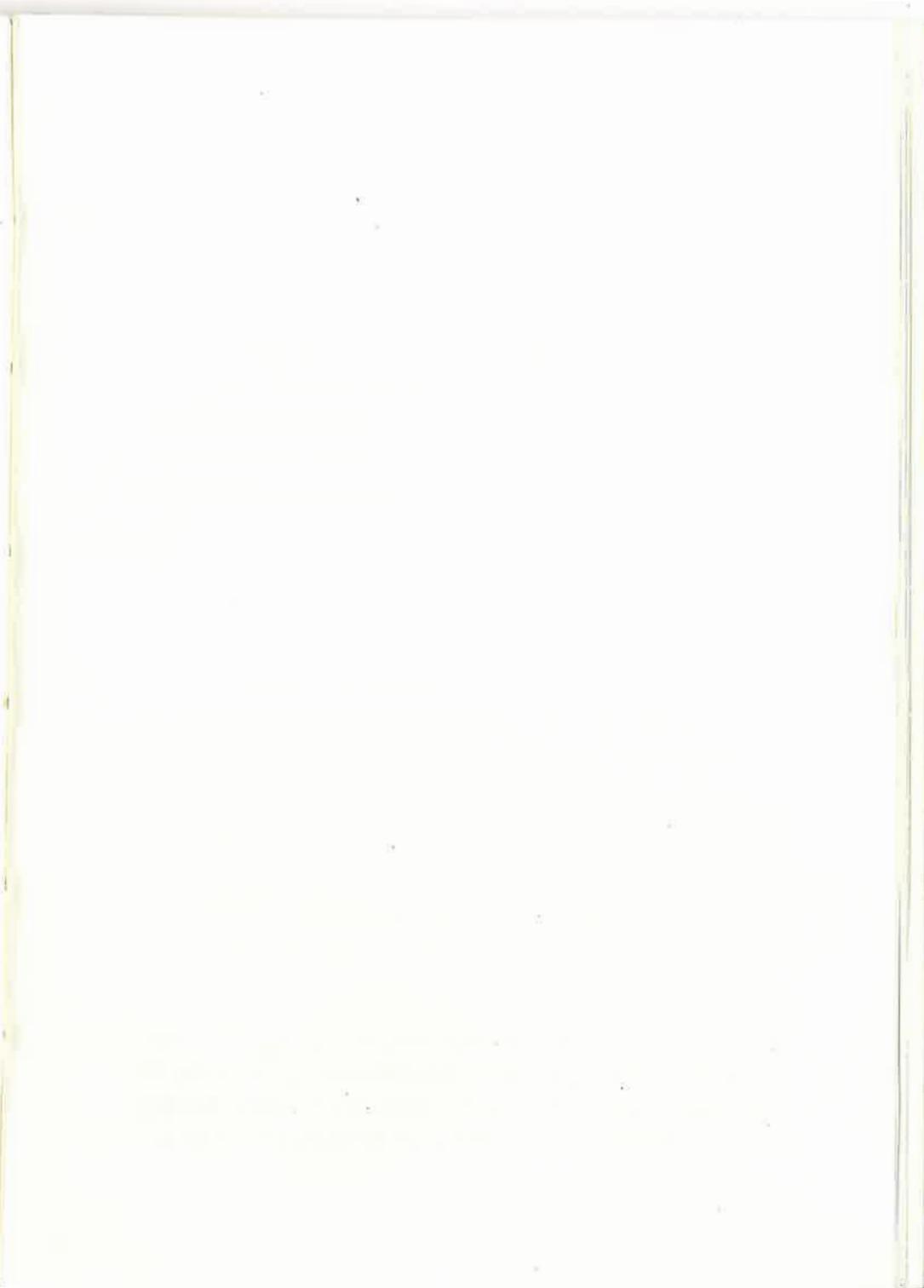
Nuestra búsqueda nos llevó a retomar contacto con amigos que no habíamos vuelto a ver en años. A veces me preguntaba: “¿Por qué no volvimos a ver a esta gente? Si nos llevábamos tan bien...” Poco a poco uno deja de organizar salidas juntos, de llamarse por teléfono, de escribirse tarjetas de fin de año, y al final parece demasiado tarde para recomenzar. Amadeo dice que hay amistades que son como el café: se van consumiendo y enfriando a medida que se las disfruta.

Sin embargo, casi siempre fue muy lindo volver a ver a nuestros viejos amigos. Los invitábamos a cenar pidiéndoles que trajeran sus álbumes, y mientras ellos tomaban el aperitivo, nosotros recorríamos cada imagen buscando nuestros rostros. La cena nos venía bien para charlar un poco y hacer memoria juntos. Entre varias personas es más fácil acordarse de las cosas.

También pasamos algunos momentos muy complicados: la visita de Claudia con su segundo marido, y Amadeo que no dejaba de hablar de las cosas que habíamos hecho con el primero; volver a ver a mi primer novio para pedirle la foto que le había regalado a los dieciocho años; soportar a los que nos miraban de reojo, como si estuviéramos locos, sin poder echarlos de casa porque necesitábamos copiar las fotos que nos traían; tratar de explicar que lo que hacemos no es imitar a los moribundos que miran pasar la película de su vida; comprobar cada día el paso del *tirano*, como llamamos al tiempo para no nombrarlo...

Los álbumes se acumulan en nuestra biblioteca, ordenados por fecha. Tienen hojas móviles, para poder intercalar las fotos que se van agregando. De tiempo en tiempo, sin embargo, hay que desplazar cientos de hojas para poder respetar el orden cronológico. El trabajo no nos fatiga; al contrario, día tras día se nos ocurren nuevas formas de recuperar viejas fotos para completar las lagunas temporales —meses, algún año— que dos mil trecientas veinticuatro fotografías no pueden evitar.

Somos conscientes de que la búsqueda es infinita. Amadeo dice que vamos caminando hacia el sol poniente, sabiendo que nunca lo vamos a alcanzar, como en el final de las películas viejas. A mí me gusta ese final. Por lo menos no es triste.



## **EL GUARDIÁN DE LA MEMORIA**

How many times can a man turn his head,  
Pretending he just doesn't see?

Bob Dylan, *Blowin' in the wind*



Alejandro bajó del colectivo y caminó unos metros por la avenida; al llegar a la esquina, dobló a la derecha y volvió a pisar la calle que había sido suya. A primera vista, nada parecía haber cambiado: las mismas casas bajas, el asfalto marcado de tanto en tanto por una línea de brea y las dos hileras de árboles que a pesar de correr paralelas daban la impresión de unirse en el horizonte. Un sol tibio proyectaba la silueta de los árboles sobre la vereda, dividiéndola en zonas de luz y de sombra.

Fue avanzando sin prisa, disfrutando la soledad de la hora de la siesta. Sólo algunos pájaros, y el crepitar de sus pasos sobre las hojas secas, alteraban el silencio. Al llegar al frente de una casa colonial, deslizó su mano sobre la pared y sintió la textura caprichosa que los años y la pintura a la cal le habían dado. Miró después las yemas de sus dedos y, al verlas teñidas de blanco, recordó su portafolios de la escuela primaria, manchado también por la pintura de aquella pared. Unos metros más adelante, se detuvo ante un naranjo. Con cuidado le arrancó una hoja y la acercó a su nariz. En ese olor casi olvidado reconoció muchas cosas, pero no pudo describirlas.

Una a una volvieron a su mente las telas en que había

intentado evocar esa calle. Casi siempre con un hombre de espaldas, avanzando con paso tranquilo; a veces con ese hombre apenas insinuado junto a una mujer vestida de negro; muy pocas con ese mismo hombre frente a la puerta de una casa. En algún momento había imaginado la calle completamente devastada, con los árboles talados y las casas en ruinas. Ahora constataba con tristeza que en ninguno de sus cuadros se veía ese naranjo en flor.

Siguió caminando. De pronto, le pareció que la casa que acababa de pasar no era la misma que recordaba. No se detuvo a verificarlo; pero un poco más adelante volvió a tener la misma sensación. Poco a poco fue descubriendo detalles y colores que habían cambiado. El muro que había sido gris era ahora verde agua; una reja separaba aquel jardín de la vereda; un portón impedía ver el fondo de una casa. Eran diferencias menores, pero bastaron para destruir el ensueño en que había vivido durante unos minutos.

Esos mínimos cambios lo contrariaban. Puestos a elegir, prefería la inmovilidad o la transformación total. Habría aceptado encontrar su calle idéntica a sí misma, incólume frente al paso del tiempo cual un bosque encantado; o habría aceptado encontrarla alterada para siempre, irreconocible, desfigurada como el rostro de un sobreviviente. Lo que le costaba digerir eran esos cambios aparentemente sin importancia, ligeros, superficiales. Los cambios que un espectador inadvertido habría atribuido al paso del tiempo en cualquier calle y en cualquier lugar del mundo. Como si cada lugar no fuera único para quien lo mira con atención; como si el tiempo pasara de la misma manera en todas partes; como si las anti-

guas heridas pudieran reducirse a una cicatriz.

Siguió adelante, sabiendo que el almacén de don José estaría cerrado a esa hora, pero sospechando que el viejo —que vivía al lado del almacén— haría una excepción al reconocerlo. Allí podría comprar las galletitas que tanto le gustaban cuando era chico, y después podría sentarse en la plaza y entonces, tal vez, recuperaría la magia del ensueño.

Sin embargo, cuando llegó a la casa de don José, no encontró rastros del almacén. Todos los carteles de publicidad habían desaparecido y en el lugar donde había estado el almacén sólo quedaba un garaje. Se quedó parado frente al portón del garaje sin saber qué hacer, pensando que ése era el típico detalle que destroza los mejores planes. Al cabo de unos segundos se vio a sí mismo criticando a los que no saben reaccionar cuando los sacan de la rutina, y este pensamiento lo envalentonó a tal punto que fue hasta la puerta de la casa y tocó timbre.

Tuvo que esperar un par de minutos hasta que alguien corrió un poco la cortina y se asomó por la ventana que estaba al lado de la puerta. Reconoció a don José, pero éste no pareció reconocerlo.

—¿Qué quiere? —preguntó don José.

—¿No se acuerda de mí, don José? Soy Alejandro.

Don José abrió un poco más la cortina y se quedó mirándolo. Lo único que parecía separarlos era el vidrio de la ventana.

—Un cuarto de *Melba* —dijo Alejandro de golpe.

Don José abrió grandes los ojos y sonrió. Se alejó de la ventana y corrió el pasador de la puerta.

—¡Pibe! ¡Qué gusto verte! —dijo al abrir.

Hubo un momento de confusión en que no supieron cómo saludarse. Un abrazo implicaba una confianza que jamás habían tenido, y un apretón de manos los relegaba al rango de dos desconocidos. Don José salió de la situación tomándolo por los hombros, en una especie de abrazo a distancia.

—¿Cuántos años hace que no nos vemos? —preguntó.

—Muchos, don José, muchos.

—Una pila de años —dijo don José entrecerrando los ojos, como si hiciera un esfuerzo por recordar—. Decíme, ¿cuánto hace que no volvés al barrio?

Alejandro suspiró antes de responder.

—Debe hacer quince años, más o menos —dijo, fingiendo no conocer la cifra exacta.

—¡Ja! Esto me hace pensar en el tango: “Tengo miedo del encuentro con el pasado que vuelve a enfrentarse con mi vida” —entonó don José mientras cerraba la puerta.

—Puede ser...

—Pero volviste.

—“Siempre se vuelve al primer amor”.

—¡Ah, pibe lindo, carajo! Por lo menos, del tango no te olvidaste.

—Esas cosas no se olvidan, don José. El tango y el mate me los dieron junto con la mamadera. Cada mañana, mis viejos mateaban escuchando tangos por la radio. *Rapidísimo* se llamaba el programa, ¿se acuerda?

—*Rapidísimo*, claro. Con Héctor Larrea. Pero vení, sentáte —dijo don José tomándolo por el hombro para guiarlo hasta un sillón—. Es increíble el tango, che. Una escuela de vida.

Alejandro sonrió sin responder, mientras don José se sentaba frente a él.

—Y contáme: ¿volviste de vacaciones o te quedás?

—De vacaciones, nomás.

—¿Seguís viviendo en España?

—Sí.

—Mi hija también vive en España. En Pontevedra. Tu mamá, que en paz descansa, me dijo dónde vivías vos; pero la verdad que pasó tanto tiempo que me olvidé.

—En Alicante —respondió Alejandro, seguro de que su madre nunca había revelado esa información.

—¡Qué lindo! Al lado del mar —dijo don José con la mirada perdida.

—Muy lindo, sí.

—¿Y de qué trabajás?

—Soy pintor.

—¡Mirá vos! Si vivieras acá te contrataba para que me pintaras la casa. Fijáte cómo están las paredes.

—No. Soy pintor de cuadros.

—Ah... —dijo don José, y por el tono de la voz pareció un poco decepcionado.

—También doy algunas clases —agregó Alejandro como para consolarlo—. Es difícil ganarse la vida como artista.

—Es lo que siempre le dije a Oscar. Primero hay que buscarse algo que dé para comer, y después el resto.

—Bueno... Ser artista también es un trabajo —dijo Alejandro, mientras pensaba que las cosas no habían cambiado mucho después de tanto tiempo.

—No, claro, claro. Yo no digo lo contrario... Pero Oscar

ni siquiera era artista —dijo don José con una sonrisa—. Y de todas maneras: hasta los artistas comen, ¿no?

Ciertas discusiones no valen la pena, pensó Alejandro, que consideraba que esa simple frase era una de las pocas cosas útiles que había aprendido con los años.

—¿Y Oscar cómo anda? —preguntó para cambiar de tema.

—A Oscar lo mataron —dijo don José sin emoción—. Unos hijos de puta que entraron a robar en su casa. Él estaba durmiendo; escuchó el ruido, fue a ver qué pasaba y le pegaron dos tiros. Siempre tuvo el sueño liviano, Oscar. Se despertaba de nada. Cuando iba a la escuela, escuchaba el despertador que sonaba en mi pieza y se levantaba antes que yo. Y yo, como un pelotudo, siempre orgulloso de que mi hijo fuera el primero en levantarse. Mirá lo que le costó...

—Disculpe, don José... No tenía idea. Hace años que no tengo noticias del barrio.

—No importa; no te hagás problema. Además no me molesta hablar de él. Al contrario. Al principio me ponía mal cuando la gente me preguntaba, pero ahora ya no. Hasta me gusta hablar de Oscar con la gente que lo conoció. Vos te acordás bien de él, ¿no?

—Claro. Cómo no me voy a acordar.

—Gran jugador de fútbol, Oscar. Lástima que empezó a fumar y fue perdiendo estado físico. Si no, habría llegado lejos. Yo me imaginaba viéndolo en la tele los domingos a la noche... En fin, qué vas a hacer. Es la vida.

—Es la vida —repitió Alejandro, agradeciendo que los lugares comunes fueran útiles de vez en cuando.

—¿Tomás un café?

—La verdad que no tengo mucho tiempo...

—Pero no te vas a ir sin haber tomado por lo menos un café, ¿no?

—Vale.

—Vale —dijo don José mientras se levantaba—. Mi hija también dice *vale* todo el tiempo.

Alejandro se quedó solo. Desde la cocina le llegó el sonido de la loza, de los cubiertos, del agua que corría. Mientras tanto fue recorriendo con la vista el salón en que se encontraba. Era la primera vez que entraba en la casa de don José; hasta entonces sólo había conocido el almacén. De las paredes colgaban algunas fotos y un cuadro barato, uno de esos cuadros con montañas nevadas de fondo, un lago rodeado de árboles en primer plano y un ciervo al borde del lago. Lo miró un largo rato, pero no pudo encontrar ningún toque personal que pudiera diferenciarlo de miles de cuadros con paisajes similares.

Cerca del cuadro vio una foto de Oscar junto a Sabrina, la hija de don José que vivía en España. Oscar era unos años más chico que Alejandro y en realidad nunca se habían frecuentado demasiado. Sabrina, en cambio, había sido un mito en el barrio. Dos o tres noviazgos fallidos habían bastado para destrozar su reputación y originar una serie interminable de historias sobre ella. La gran mayoría eran falsas; pero al recordar la vulgaridad con que las contaban sus amigos, Alejandro no pudo más que sonreír. Se acordó de lo que decía siempre Diego, que había noviado con Sabrina algunos meses: “Si vas a lo de Sabrina, no te sientes en el sofá.

El tapizado ya es cartón, de tanto polvo.” Vio un sofá de tres plazas a su izquierda y se preguntó si sería el mismo. Cediendo a la tentación, fue hasta él y levantó uno de los almohadones.

—¿Buscás algo?

La voz de don José lo sobresaltó. Soltó el almohadón y volvió rápidamente a su sillón.

—No... Es que... en mi casa teníamos un sofá muy parecido a ése, pero sin los almohadones.

—Este lo mandamos a hacer a medida. Pero, claro, la tela puede ser la misma, ¡hay tantas telas parecidas!

—Sí, tiene razón. No es igual; pero es muy parecido —dijo Alejandro agarrando la taza que le alcanzaba don José—. Y digamé, don José, ¿qué pasó con el almacén?

—¿El almacén? Hace años que tuve que cerrarlo. Cuando pusieron el supermercado en la avenida me mataron. Es imposible competir con los precios de ellos. Y encima estos atorrantes de vecinos me empezaron a tratar de ladrón. ¿Te das cuenta? Yo, ladrón. Yo, que jamás me aproveché de la gente.

Alejandro asintió con la cabeza mientras agregaba azúcar a su café.

—Tu mamá, no. Ella fue siempre una gran señora. Me siguió comprando hasta el último día.

Seguramente eso era mentira, pero a Alejandro lo hizo pensar en la incoherencia total de la vida. Ese hombre, ajeno completamente a su familia, había visto a su madre todos los días, mientras que él había pasado años sin poder ver a ninguno de sus parientes. Se puede ganar la guerra, pensó

mientras probaba el café, pero las batallas perdidas nos seguirán persiguiendo hasta el final. Otra incoherencia: ¿que hacía él allí, sentado frente a ese hombre vencido por el tiempo y eternamente ajeno a lo que pasaba fuera de su pequeño mundo?

—Así que cerró.

—Y sí.

—¿Y sabe algo de los amigos de Oscar?—preguntó, interesándose finalmente por la gente que en realidad quería volver a ver.

—Y... Acá se quedaron muy pocos. El que pudo irse, se fue... Yo no los vi nunca más. Vos sos el primero que vuelve... Si supieras cómo lamento todo lo que pasó.

Alejandro terminó su café de un trago y aprovechó el silencio que siguió a esta última reflexión para preparar su salida. Evidentemente, don José no sabía nada sobre sus amigos del barrio.

—Bueno, don José, no lo molesto más. Fue un gusto volver a verlo —dijo mientras se ponía de pie.

—Esperá un minuto —dijo don José, y cruzó la habitación para salir por una puerta que parecía comunicar con lo que había sido el almacén. Unos segundos después se escuchó un ruido a lata que despertó en Alejandro viejos recuerdos. Don José reapareció enseguida.

—A ojo de buen cubero debe haber un medio kilo. Espero que te gusten —dijo mientras le alcanzaba una bolsita transparente, repleta de galletitas.

—Uh... *Palmeritas* —dijo Alejandro con una sonrisa de felicidad.

—Yo fui el primer cliente del mayorista, hace más de cuarenta años. Y esas cosas no se olvidan. Él sabe que me encantan las Palmeritas y me regala una lata de cinco kilos por mes. Es lindo volver a ver el camión del reparto estacionado enfrente, como en los viejos tiempos. No serán Melba, pero...

—Muchísimas gracias, don José —dijo Alejandro, y lo abrazó.

—Chau, pibe —dijo don José cuando se separaron.

—Chau, don José. Que le vaya bien. Por ahí nos vemos en España alguna vez.

—Quién te dice —dijo don José al abrir la puerta.

Ya en la vereda, Alejandro se dio vuelta y vio a don José en el vano de la puerta.

—Chau, don José. Y gracias.

—Chau, pibe. Gracias a vos.

Alejandro levantó la mano en un último saludo antes de retomar el camino. La hora había avanzado y empezaba a haber un poco más de movimiento en la calle. Al llegar a la esquina se cruzó con un grupo de chicos que jugaban al fútbol. Un poco más adelante vio pasar por la vereda de enfrente a una mujer mayor. La miró bien y reconoció a doña Ursulina. Ella también pareció reconocerlo; pero ninguno de los dos intentó siquiera un saludo. Hierba mala nunca muere, pensó Alejandro.

Llegó a la plaza y buscó el banco en el que acostumbraba sentarse con Estela. Había algo raro en el lugar, pero le costó unos segundos descubrirlo. Al fin reparó en que el pedestal estaba vacío. Se habían robado el busto de Roca, segura-

mente para fundirlo y vender el metal.

Mientras abría la bolsa y sacaba la primera Palmerita pensó que el destino de aquel busto era quizás una alegoría, e imaginó un cuadro de la plaza con el pedestal vacío. Mordió la galletita y volvió a sentir un sabor de infancia: las cinco de la tarde y la televisión encendida con Pipo Pescador, Patolandia, Piluso y Coquito, Gaby, Fofó y Miliki. En Europa había comido unas galletitas muy parecidas que se llamaban *Coeurs de France*, pero no había ninguna igual a las Palmeritas.

Durante unos minutos se limitó a observar el lugar tratando de fijar cada detalle, pero luego volvió a pensar en don José. Quizá no estuviera tan ajeno a todo como parecía. Tal vez sólo simulaba estar ajeno. Tal vez hacía lo que habían hecho casi todos durante años: mirar para otro lado, fingiendo no ver lo que pasaba delante de sus ojos. Vivir su vida y punto; que los demás se arreglen. Ése había sido también el destino final de algunos rebeldes: olvidar y entrar en la edad madura como uno más del rebaño, dejarse invadir por los problemas cotidianos, sufrir por haber perdido el tren, quejarse de un dolor en la espalda, comentar los cambios del tiempo, hacer fortuna.

Alguna vez, Alejandro había intentado convencer a los otros de abrir los ojos; pero pronto había comprendido que era una tarea imposible y peligrosa. Ahora sabía que lo que estaba haciendo esa tarde era también un grito de protesta. No necesitaba escribir *memoria* en un muro. Su sola presencia en esa calle, habituada a los días sin sorpresas, obligaba al recuerdo a todos los que preferían no hablar de ciertas

cosas. De alguna forma, él era la cicatriz de la cirugía plástica, el grano que escapa al maquillaje, el guardián de la memoria.

Sonrió y cerró la bolsa de Palmeritas. Todavía le quedaban muchos amigos por visitar, pero ésa era otra historia; una historia personal que no estaba seguro de querer compartir. Al fin y al cabo, había venido únicamente a reavivar el fuego en las chimeneas apagadas, y ya era tiempo de dejar que la gente se sentara alrededor de las llamas y empezara a contar sus propias historias.

## DECISIONES



Su nombre había sido *Chiara* hasta que un empleado de la oficina de migraciones se lo cambió por *Clara*, cuando llegó al país junto a su madre y su padrastro. Era poco después de la guerra del catorce, y ella tenía apenas cinco años; pero nunca había olvidado la travesía en barco. Le bastaba cerrar los ojos para volver a sentir la inmensidad del Atlántico; oía a su padrastro prometiéndole que en pocos meses se harían ricos y vivirían en una mansión; veía a su madre asintiendo en silencio, soñando con esa felicidad que parecía tan cercana.

—Buenas, abuela. Venimos por el teléfono.

La mujer dejó de regar la rosa china, se dio vuelta y vio en la vereda a tres muchachos con maletines y uniforme de la empresa de teléfonos.

—¿Por el teléfono?

—Sí, un control —dijo el que parecía ser el jefe, mostrándole una credencial.

—Pero mi teléfono anda bien.

—Andaba, andaba. Porque hoy estuvimos cambiando cables acá, con los compañeros, y... bueno, hay algunos te-

léfonos que andan con problemas.

—Será por esos cables que cambiaron, entonces.

Se hace llamar Marlene, pero su verdadero nombre es Gertrudis. Es bonita, sí. Alta, rubia, de ojos verdes. Se parece mucho a la actriz. Tiene acento alemán también. Bueno, hay quien dice que es eslovaca, pero usted sabe que toda esa gente habla más o menos parecido. Vaya uno a saber si es eslovaca, austríaca o alemana. A veces hasta me parece que exagera el acento, para darse aires. Como ahora están de moda las actrices extranjeras, ¿vio? La Garbo y todas ésas.

Como tantos otros inmigrantes, fueron a vivir a un conventillo. Su madre decía que era algo provisorio, hasta que empezaran a ganar dinero, pero al cabo de unos años quedó claro que ya no podrían salir. Por falta de capital, o de iniciativa, los proyectos de su padrastro se habían ido desmoronando uno tras otro, arrastrando con ellos la armonía familiar y condenándolos a seguir viviendo allí, rodeados de aventureros fracasados que sólo ganaban fama y dinero en las cartas trucadas que escribían a sus parientes.

—Mire abuela, le voy a decir la verdad, si me promete no decir nada.

—¿Prometerle? Pero dígame un poco, ¿de qué me está hablando?

—Prométame que no va a denunciarnos a la compañía.

—Si ustedes hacen bien su trabajo, nadie los va a denunciar.

—Justamente ahí está el problema. Es como usted dijo: cuando cambiamos los cables, sin querer desconectamos cinco teléfonos. Fue culpa nuestra. Un descuido. Ya arreglamos los otros cuatro. Ahora nos falta solamente el suyo; pero si se enteran los de la compañía, nos echan.

—Tampoco será para tanto. Cualquiera se puede equivocar.

—Eso era antes, abuela. Desde la privatización, las cosas cambiaron. Además, con tantos desocupados, no les importa echarnos a la primera de cambio. Siempre hay alguno esperando nuestro puesto. Y yo tengo cuatro hijos que mantener.

—Ahora se acuerda. Eso hay que pensarlo antes de hacerlos. ¡Un muchacho tan joven y ya tiene cuatro hijos!

Ella sueña con ser actriz, no sé si le dije. ¿No vio cómo anda vestida? Se gasta el sueldo entero en telas y vestidos. No sé cómo hará; porque un sueldo de planchadora... Bueno, usted me entiende... Para mí que tiene algún otro rebusque. ¿Si no cómo hace para ponerse un vestido diferente para cada audición? Porque todas las semanas tiene audiciones, eso sí; aunque hasta ahora no consiguió ningún trabajo. Dice que tiene talento, que va a ser famosa, pero yo no le tengo mucha confianza. Y aparte usted vio lo que es ese ambiente. En el barrio se había corrido la bolilla de que era bastante rápida con los productores. Para mí el problema vino por ahí.

Cuando su madre murió de tuberculosis, Clara, con apenas diecisiete años, aceptó casarse con Horacio Pastorelli. Él era albañil, andaba cerca de los treinta, y quería desesperadamente formar una familia; ella sólo pensaba en escapar a los acosos de su padrastro. Entonces pasó a llamarse Clara Lombardi de Pastorelli, y se mudó a la casa que su marido estaba edificando en los suburbios.

—¿Puedo pasar, entonces? Voy yo solo. Ellos me esperan acá afuera.

—Bueno. Venga, pase.

La mujer lo dejó entrar y cerró la puerta sin poner llave.

—El teléfono está en el pasillo —dijo—. Venga que le muestro.

Empezó a guiarlo; pero antes de que llegaran al pasillo, oyó que la puerta del frente volvía a abrirse. Se dio vuelta y vio al hombre que la acompañaba apuntándole con un revólver, mientras los otros dos entraban también en la casa.

—Y ahora se queda callada —dijo el del revólver.

—Pero...

—Pero nada. Si llega a gritar le meto un trapo en la boca y la dejo atada a una silla hasta que se ahogue, ¿me entendió? Quédese tranquila y todo va a salir bien. Ahora digamé, ¿dónde está la plata?

—No tengo plata. ¿No ve que soy una pobre jubilada?

—Como quiera. Muchachos —dijo dirigiéndose a los

otros—, a lo suyo. Busquen.

Rápidamente cerraron las persianas y las ventanas que daban a la calle. Después empezaron a revisar los muebles y a vaciar el contenido de cajones y estantes sobre la alfombra del salón.

La cuestión es que la estaban esperando en el terreno baldío que está enfrente de la casa del doctor. Ella siempre corta camino por ahí cuando vuelve de trabajar. Ahora dígame un poco si lo que hizo no fue meterse en la boca del lobo. Una chica joven, bonita, *provocativa*. Porque eso hay que decirlo, ¿eh? Es una chica *muy* provocativa. Y ahí va y se mete de noche en un terreno baldío. Dígame un poco si no es tentar al diablo.

La construcción de la casa les llevó muchos años. Los materiales venían de las obras en que trabajaba su marido, y él aprovechaba cada rato libre y cada peso que ahorraban para seguir edificando. A ella le habría gustado ir de vez en cuando al cine, o al teatro, o salir a pasear el domingo a la tarde, pero para él todo eso era una pérdida de tiempo. Lo único que le interesaba era terminar la casa.

Mientras el del revólver la vigilaba, los otros continuaban el saqueo de sus cosas. Uno había empezado a revisar las habitaciones, mientras el otro seguía vaciando los mue-

bles del salón. Una copa de cristal se rompió contra la alfombra con un ruido sordo.

—¡Cuidado, bestia! —dijo ella casi en un grito; pero bajó la voz al ver que el hombre del revólver amenazaba con darle un culatazo—. ¿Qué necesidad tienen de romper todo?

—Nosotros hacemos lo que queremos, ¿me entiende? Lo que queremos. ¡Muchachos! —dijo alzando la voz—, no dejen nada sano.

Clara cerró los ojos, y la impotencia le hizo aflojar algunas lágrimas.

Se conoce que la agarraron entre varios y primero le dieron una paliza. Eso es cierto, yo vi cómo la habían dejado. Una paliza de aquéllas. Para mí, no tenían necesidad de pegarle; pero ya se sabe cómo son las patotas. Después empezaron a pasar uno tras otro. Al principio, para que no se moviera, uno se le sentó encima de la cabeza. Después hicieron diferente. Le pusieron un cuchillo en la mejilla y le dijeron que si se movía le cortaban la cara y la dejaban marcada para siempre.

Vio crecer a sus hijos al mismo tiempo que al barrio. Poco a poco, las casas ocuparon el lugar de los terrenos baldíos, los árboles —incluso aquel ombú a la sombra del cual tomaban mate— fueron talados y los alambrados acabaron con los atajos a campo traviesa. El asfalto llegó junto con las nuevas líneas eléctricas, un poco antes del teléfono.

El que estaba revisando el salón descubrió su viejo costurero de madera. Sin miramientos, fue abriendo y tirando al suelo uno tras otro los cajoncitos en miniatura hasta encontrar el reloj pulsera escondido entre los hilos de bordar.

—¡Mirá lo que encontré! —dijo hablando por primera vez—. Un reloj de oro.

—¡Ese reloj es un recuerdo de familia!

—Era —dijo el ladrón, y se lo guardó en un bolsillo.

—¿No les da vergüenza robarle a una pobre vieja?

—Es la vida, señora. Hay que comer, ¿vivo? —dijo el del revólver.

—Vayan a trabajar, si quieren comer.

—¿Adónde? ¿Dónde hay laburo?

—Siempre hay trabajo para el que busca. No me va a decir que usted nunca tuvo un trabajo.

—Claro que tuve. Y me echaron.

—¿Y de qué trabajaba?

—Soldador.

—¿Y trabajaba acá, en la fábrica de los Gorostiaga?

—No, yo vivía en... pero, ¿qué carajo le estoy contando? ¡Quédese callada de una buena vez!

Y se quedó quieta, nomás. Se dejó hacer. Eso es lo que le critican las malas lenguas. Habrían preferido que le quedara una buena cicatriz. Es que la gente es muy mala, ¿vivo? Y encima, a las dos semanas ya estaba completamente recupe-

rada. No le quedaba ni un moretón de la paliza que le habían dado. Entonces empezaron a decir que se lo había buscado, que era una deshonra para el barrio y qué sé yo cuántas cosas más.

Mabel, su hija mayor, la acusaba de cobarde y dominada cuando hablaban de matrimonio. Es fácil acusar ahora que existen las píldoras anticonceptivas y las mujeres van a la Universidad. Antes, las cosas eran diferentes. Las mujeres no estudiaban, y sin ningún estudio casi siempre se terminaba trabajando de mucama. Mabel le citaba las excepciones, las pocas mujeres que habían triunfado a pesar de todo. Clara se acordaba entonces de Gertrudis, que había vivido con ella en el conventillo y había trabajado en la radio allá por los años treinta; pero ella jamás había tenido esa fuerza de voluntad. Había preferido la seguridad, y ahora era demasiado tarde para arrepentirse.

En ese momento, el que había estado revisando las habitaciones volvió al salón.

—Mirá lo que encontré —dijo poniendo sobre la mesa un fajo de billetes verdes—. La señora ahorra en dólares, parece.

—¡Desgraciados! —dijo ella. Eso es todo lo que tengo. Es para los regalos de mis nietos.

—¡Oh! ¡Qué tristeza! —dijo el del revólver en tono burlón.

—Tendrían que tener vergüenza de robarle la alegría a los chicos.

—¿Y a mí que me importa la alegría de los chicos? Sus nietos necesitarán regalos, pero nosotros necesitamos comer.

—¡Qué desgraciados! Dios los va a castigar.

—¿Más, todavía?

—No van a poder dormir de tantas maldiciones que les voy a echar.

Al final terminó por retirar la denuncia. Es que la habían amenazado. Porque los muchachos son del barrio, ¿vivo? Todo el mundo sabe quiénes fueron, pero nadie quiere acusarlos. Dicen que ella los provocó. Hasta el juez la criticó. Me lo dijo una amiga que fue con ella a la audiencia. Parece que el juez le mostró un libro en el que dice que una herida es como una prueba del valor de la persona. Una insignia, eso dice. ¡Mire qué idea! Y ella se enojó, y lo insultó, y le dijo que estaba cansada de que la humillaran. Que los policías que le habían tomado la denuncia la habían humillado y que ahora el juez no tenía ningún derecho a humillarla de nuevo. Que su vida era su vida; y que entre la vida y el honor, elegía la vida.

Ahora que se llama Clara Lombardi, viuda de Pastorelli, lo único que le queda de aquella otra vida que pudo haber tenido es una caja de bombones repleta de cartas. Por suerte, los ladrones no la vieron. Ha decidido que no las quemará.

No le importa que sus hijos las encuentren después de su muerte. Al contrario, la idea no le disgusta. Se imagina la cara de Mabel descubriendo que su madre tuvo un amante y estuvo a punto de escaparse con él. A punto. Le faltó coraje para tomar la decisión.

El que tenía el revólver hizo una seña, y entonces el más joven de los otros fue hasta el teléfono, sacó una navaja del bolsillo, y cortó el cable.

—Ahora sí va a necesitar que le arreglen el teléfono —dijo.

—Si serán desgraciados. ¡No tienen vergüenza de nada!

—Escúcheme bien, abuela. Nosotros nos vamos ahora, pero usted va a esperar media hora antes de ir a buscar a la policía. Si no espera, volvemos y le incendiamos la casa, ¿me entiende?

—¡Qué manga de...!

—Ojo con los insultos —la interrumpió, apuntándole con el revólver—. Me entendió bien entonces, ¿no? Son las seis y media. Hasta las siete se queda acá adentro. Mire que le tengo confianza, abuela. Podría atarla y dejarla amordazada, pero no lo hago por respeto, porque usted es una señora mayor. Eso sí: no me vaya a defraudar. ¡Vamos, muchachos!

—¡Chau, abuela! Gracias por todo —dijo, antes de salir, el que había cortado el cable del teléfono.

¿Usted, qué habría hecho?

## ESCENAS DE UN DOMINGO

*Voi* gridavate cose orrende e violentissime. E *voi* siete imbruttiti.  
Io gridavo cose giuste, e ora sono uno splendido quarantenne.

Nanni Moretti, *Caro diario*



—Yo invito —dijo Alejandro, y puso su tarjeta de crédito sobre la cuenta antes de que el mozo tuviera tiempo de dejarla encima de la mesa.

—No, permitíme —dijo Sergio.

—A la noche invitás vos.

—Bueno, está bien. Pero en un lugar más barato, che —agregó cuando el mozo estuvo lejos—. Como en los viejos tiempos: vermicellis y vino de la casa. Nada más.

Los dos amigos rieron con ganas. Llevaban más de diez años sin verse y el reencuentro —acompañado de un par de botellas de tinto y un buen almuerzo— los había puesto de excelente humor. Hernán —el hijo adolescente de Sergio— se quedó mirándolos con cara de no entender dónde estaba la gracia.

—Yo, por ahora, me salvo —dijo.

—Vos, por ahora, dedicáte a estudiar —dijo Sergio—. Ya te va a llegar el momento de pagarnos el almuerzo, cuando seamos dos pobres jubilados sin un mango partido al medio.

—Sí, voy a estudiar abogacía. Mamá ya dijo que va a ser mi secretaria y me va a elegir los mejores casos. Yo le dije que no, que prefiero una minita joven, pero ella no quiere

saber nada. “Una chica joven lo único que va a querer es engancharte”, dijo. “No, querido, yo te voy a ayudar para que no termines siendo un fracasado como tu padre.”

Sergio iba a contestar algo, pero en ese momento volvió el mozo y habló antes que él.

—Disculpen, pero van a tener que esperar unos minutos porque la tarjeta del caballero es extranjera —dijo mirando a Alejandro—. Así que tenemos que llamar por teléfono para que autoricen la venta. ¿Tiene un documento?

Alejandro agarró su sobretodo, buscó el pasaporte y se lo dio.

—Gracias —dijo el mozo, y al volver al mostrador se puso a hojear el pasaporte mientras el cajero intentaba comunicarse por teléfono.

—Qué circo que hacen, che —dijo Alejandro observándolos—. Tendrían que comprarse una de esas maquinitas por las que pasás la tarjeta y te sale el ticket.

—Ésas son cosas del primer mundo, hermano —dijo Sergio—. Acá es otra cosa. Todo es más artesanal. No me digas que no es más conmovedor un tipo llamando por teléfono que una maquinita imprimiendo tickets.

El mozo volvió al cabo de unos minutos con una lapicera y el cupón de la tarjeta.

—No pudimos comunicarnos —dijo—, pero tenemos confianza en nuestros clientes. Así que firme, nomás.

—Muchas gracias —dijo Alejandro, y firmó sin darle tiempo a Sergio de mirar el total.

El mozo le llevó el cupón al cajero y los dos se pusieron a comparar la firma con la que estaba al dorso de la tarjeta. Luego de controlar el cupón, la tarjeta y el pasaporte, levantaron la vista y miraron con desconfianza a Alejandro.

—Che, ¿cómo firmaste? —preguntó Sergio.

—Por la cara que ponen, parece que mal. ¿Qué querés que haga? Nunca me salen dos firmas iguales.

—Se nos va a hacer tarde para el cine —dijo Hernán.

—Uy, tenés razón. Bueno, apenas nos traiga la tarjeta, nos vamos. Vayan poniéndose los abrigos.

Finalmente, el mozo, sin preocuparse en ocultar su desconfianza, les devolvió la tarjeta y el pasaporte, y se alejó en silencio. Entonces, en cuestión de un segundo, ellos se pusieron de pie y salieron casi corriendo del restorán. Al escucharlos, el mozo se dio vuelta y quedó como petrificado en medio del salón. Desde la vereda, los tres alcanzaron a ver la cara de desolación con que miraba al cajero.

Caminaron las pocas cuadras que los separaban del cine riendo como desaforados. Cada vez que se calmaban un poco, Sergio imitaba la cara del mozo y los tres largaban de nuevo la carcajada.

Llegaron justo a tiempo para la función. La sala estaba en el fondo de una enorme galería comercial, pero era domingo y la galería estaba mal iluminada y casi desierta.

—La verdad es que no me ubico bien —dijo Alejandro mientras Sergio compraba las entradas—. Éste no es el cine al que veníamos antes.

—¿No te acordás lo que era antes? Ocupaba toda la galería.

—Es que no me acuerdo de esta galería.

—No, claro. Antes el cine ocupaba todo. Después tuvieron que elegir entre hacer un multicine o una galería. Eligieron la galería y dejaron esta salita. Pero tampoco a los negocios les va muy bien: ya se fundieron unos cuantos.

Apenas Sergio tuvo las entradas en la mano, el empleado que se las había vendido salió de su garita y se puso frente a la entrada de la sala de proyección. Sergio le dio las entradas, y el hombre, luego de cortarlas por el medio, se quedó con una parte y le devolvió la otra.

—Adelante —dijo franqueándoles el paso e inclinándose ligeramente, en un esbozo de reverencia.

Entraron en una sala que tenía apenas siete filas de nueve asientos. Habría unos quince espectadores, casi todos jubilados. La única excepción eran dos chicas acompañadas de una mujer joven, que seguramente era su madre. Parecían mellizas, y debían tener la edad de Hernán.

—Vamos cerca de las chicas —susurró Alejandro al entrar—. Me parece que tenés buenas posibilidades, Hernán.

Hernán sonrió como si tuviera gran experiencia en la materia, pero se puso colorado cuando Alejandro lo dejó pasar para que quedara a un par de butacas de las mellizas. Ellas lo vieron acercarse, comentaron algo por lo bajo y se rieron.

—Es un buen comienzo —dijo Sergio, justo cuando la madre de las chicas miraba hacia donde estaban ellos. Ten-

dría unos treinta y cinco años, el pelo castaño oscuro hasta los hombros y la cara muy parecida a la de las mellizas. Sergio le sonrió y ella, un poco incómoda, le devolvió la sonrisa.

—Uy, uy, uy —murmuró Alejandro—. Si tu viejo se mete con la madre estás listo, porque automáticamente pasan a ser tus hermanas.

—¿Te parece?

—Che, ¿qué andan cuchicheando por ahí? —interrumpió Sergio.

—Nada, nada. Cosas de hombres.

—A ver si...

Pero no siguió hablando porque en ese momento se apagaron de golpe las luces de la sala y un instante después se escuchó el ruido de la bobina que empezaba a girar. Alejandro se dio vuelta para mirar la cabina de proyección. El proyeccionista era el mismo hombre que les había vendido las entradas.

En la pantalla apareció una imagen borrosa, en blanco y negro, acompañada de algunas notas musicales distorsionadas. La música se estabilizó enseguida, pero la imagen siguió fuera de foco unos segundos. Finalmente, pudieron ver el título de la película.

—¿*Saps at sea* no quiere decir sapos en el mar? —preguntó Hernán.

—No —respondió Sergio—. *Sap* es *slang*, el lunfardo inglés, y quiere decir tonto.

—¿Y por qué traducen *Marineros de agua dulce*?

—Bueno, el sentido es el mismo, porque...

La explicación fue interrumpida por el chistido de un viejo sentado detrás de ellos y Sergio prefirió postergarla.

—Después hablamos —susurró.

Esa tarde el cineclub presentaba el *Quinto festival de la risa*. En el programa había dos películas, una del gordo y el flaco y otra de Abbott y Costello. Al final de la primera, las luces se encendieron tan abruptamente como se habían apagado y hubo una pausa que casi todo el mundo aprovechó para ir al baño. Al volver, Alejandro y Sergio se pusieron a comentar la película.

—Me gustó volver a ver el gag de la banana —dijo Alejandro.

—Hace poco vi algo parecido —dijo Hernán—. Me parece que era en el show de Benny Hill.

—Es así. Ya está todo inventado. Por eso es bueno que tu viejo te traiga a ver estas películas. Hay que conocer lo que ya se hizo. Así nadie te va a poder engañar con una imitación, o un homenaje, como lo llaman ahora.

—Sí —dijo Sergio—, por lo menos una vez al mes venimos al cineclub, pero también vamos a ver las películas nuevas. El otro día vimos *La sociedad de los poetas muertos*. Un películón.

—¿Sabés que no la vi?

—Caramelos, chocolates, golosinas —se escuchó entonces la voz del proyccionista, y lo vieron aparecer con un cajoncito de madera en el que se apilaban unos pocos productos.

La madre de las mellizas lo llamó y Alejandro aprovechó el momento en que hacía el pedido para mirarla con atención.

—Esa chica me hace acordar a una compañera de la escuela primaria —dijo.

—Bueno, ya no es tan chica —acotó Hernán.

—Claro —dijo Sergio—, a vos todas te parecen viejas porque tenés trece años.

—Casi catorce. Cambiando de tema, podríamos comer algo, ¿no?

Alejandro y Sergio dudaron apenas un instante antes de cruzar una mirada cómplice.

—¡Una *Rhodesia*! —gritaron al mismo tiempo, y lanzaron la carcajada.

—Un momento, caballeros —dijo el proyccionista mirándolos de reojo—. Ya estoy con ustedes.

—Che, ustedes son más pendejos que yo —dijo Hernán, sin poder evitar una sonrisa al ver reír tan francamente a su padre—. Después van a tener que explicarme eso de la Rhodesia.

—Es lo que comíamos todos los viernes a la tarde —dijo Alejandro cuando terminó de reírse.

—Después del té completo en *The Embers* —agregó Sergio.

—¿Té completo? —dijo Hernán asombrado—. ¡Qué trolazos!

—Che, no te olvides que estás hablando con tu padre —dijo Sergio.

—Meté un sinónimo —dijo Alejandro—. Maricas, mari-

cones, afeminados, comilones... marchatrás, homosexuales... invertidos, pederastas. Es increíble la cantidad de sinónimos que existen. Ahí se ve que somos un país machista. No nos faltan palabras para despreciar a los que son diferentes, como dice siempre Marianito, un pintor gay, amigo mío.

—Vos, tené cuidado con tus amigos —dijo Sergio—. Te explico —agregó dirigiéndose a Hernán—: el té completo era lo más barato.

—¿Decimos tres Rhodesias, entonces? —interrumpió el proyeccionista.

—¿Vos que querés, Hernán?

—Me anoto con la Rhodesia.

—Entonces, sí. Tres Rhodesias.

El proyeccionista se las dio, cobró, y volvió a la cabina de proyección. Las luces se apagaron otra vez.

—Esta Rhodesia está bárbara —dijo Alejandro.

—Una Rhodesia como ésta no te la podés comer en Europa, ¿eh, Ale? —preguntó Sergio.

—No. Pasa lo mismo con las *Palmeritas*.

La segunda película era *Abbott y Costello contra los monstruos*. Cuando terminó, Alejandro sacó a relucir una vieja teoría suya que sostenía que Laurel & Hardy y Abbott & Costello eran como el positivo y el negativo de una misma foto. Sergio alcanzó a esbozar los primeros argumentos para refutarla, pero lo interrumpieron las mellizas y su madre, que para poder salir tenían que pasar por donde estaban ellos.

—Permiso —dijo una de las mellizas.

—Disculpáme —dijo Sergio, y se puso de pie para dejarla pasar.

Los otros dos hicieron lo mismo, y las tres mujeres, haciendo equilibrio en el mínimo espacio entre ellos y la fila de asientos que estaba delante, fueron pasando. En un momento, la madre de las chicas estuvo a la altura de Alejandro, y durante un instante sus miradas se encontraron.

—Siempre es complicado salir así —comentó Alejandro.

—Terrible —dijo ella, y se alejó con las mellizas.

Ellos se pusieron los abrigos y salieron del cine. Sin apuro, fueron a tomar un chocolate con churros a la confitería que estaba enfrente. Desde allí vieron al proyccionista que se instalaba en la vereda para repartir volantes con publicidad del cineclub.

Cuando salieron de la confitería estaba anocheciendo. Tomaron un colectivo que los alejó del centro de la ciudad, y luego caminaron unas cuadras hasta la casa de la madre de Hernán, como la llamaba Sergio desde el divorcio. Era un caserón de estilo colonial rodeado de un parque enorme.

—¿No quieren tomar un café antes de irse? —preguntó Hernán mientras recorrían el sendero que llevaba del portón de entrada a la casa.

—No, gracias —dijo Sergio—. Cualquier cosa menos tener que soportar al caimán.

—¿El caimán? —preguntó Alejandro.

—El marido de la madre de Hernán.

—Le decimos el caimán porque anda siempre desespera-

do por la guita —explicó Hernán—. Mango veo, mango quiero: todo lo contrario de papá. Pero quedáte tranquilo, pa, que hoy el caimán no está. Seguro fue a ver a Racing, que juega de local. Ya van varias veces que me invita y le digo que no. Mamá me pidió que alguna vez vaya con él.

—¡Pará, pará, pará! Tu vieja sabe muy bien que el domingo es mi día de visita.

—Sí, creo que va a proponerte que me vaya con vos todo un fin de semana; así el siguiente me puedo quedar acá.

—Ah, no —dijo Sergio—. Esto no lo voy a dejar pasar así nomás.

—Seguramente también hay partidos durante la semana, ¿no? —dijo Alejandro, intentando conciliar las posiciones.

—Sí, tenés razón —dijo Sergio—. ¿Por qué no vas un miércoles, Hernán?

—¿Sabés que pasa, viejo? —dijo Hernán con aplomo—. Me parece que la vieja quiere estar un fin de semana sola con el caimán. Viste como son los recién casados. No piensan más que en culear. Y acá tienen que cuidarse para que yo no los escuche.

Sergio se puso serio.

—Te recuerdo que estás hablando de tu madre. ¿De dónde sacaste ese vocabulario?

—De escucharte a vos, viejo.

—Con la diferencia que yo no tengo trece años. Y terminála con eso de *viejo*.

—Bueno, pa. No es para tanto.

Sergio habría querido agregar algo, pero ya estaban a la altura de la puerta y ésta se abrió antes de que Hernán tocara

el picaporte. La ex-mujer de Sergio apareció en el umbral. A juzgar por la cara que puso, no parecía muy contenta de volver a ver a Alejandro.

—Ah, sos vos —dijo con frialdad.

—*Toujours aussi charmante* —dijo Alejandro.

—Veo que te nos has afrancesado —dijo ella—. Espero que en francés no tengas acento gallego.

—Eso me lo podrías decir vos. Si mal no recuerdo, lo hablaste muy bien. El francés, quiero decir.

—Eso fue hace mucho —acotó Sergio—. Y vos sabés lo que es la falta de práctica.

—Por supuesto —dijo ella—. Con vos no se viajaba mucho. No íbamos ni a Mar del Plata, mirá si íbamos a ir a París.

—*Touché* —dijo Sergio, mirando a Alejandro con cara de “no digas más nada”.

—Otra cosa —agregó ella—: ya te dije varias veces que no quiero que entrés más en mi casa. A Hernán podés dejarlo en el portón, que no se va a perder.

—Ya lo sé; pero entré porque quería hablar con vos de este asunto del fútbol. Yo... —pero dejó la frase sin terminar cuando Hernán lo pisó disimuladamente.

—¿Qué asunto del fútbol?

—Nada, nada. Dejá, otro día hablamos. Chau, Hernán, hasta la semana que viene —dijo dando un beso a su hijo.

—Chau, pa —dijo Hernán, y luego se acercó a Alejandro—. Fue un gusto conocerte, tío. Espero que vuelvas pronto.

—El señor no es tu tío —dijo su madre.

—Ya sé, pero estamos haciendo los trámites de adopción

—dijo Alejandro, y abrazó a Hernán—. Y te felicito por la casa —agregó después, dirigiéndose a ella—. Aunque con todo esto para limpiar, no te debe quedar tiempo libre. Ahora entiendo por qué no trabajás más.

—La limpieza la hace la mucama. No trabajo porque ahora ya no tengo necesidad —dijo ella clavando la mirada en Sergio.

—Hasta la semana que viene —dijo éste dándose vuelta y empezando a caminar hacia el portón.

—Hasta la próxima —dijo Alejandro, y lo siguió.

Salieron de la casa en silencio. Una vez en la vereda, Alejandro fue el primero en hablar.

—Che, qué linda relación tenés con tu ex-mujer, ¿eh?

—Hernán siempre me hace lo mismo —dijo Sergio cuando se sentaron en el colectivo y pudieron terminar de reírse—. Me dice las cosas importantes a último momento. A esa altura yo ya no puedo decir nada. Y encima vos viste el lenguaje que usa.

—Bueno, a su edad nosotros también éramos bastante mal hablados.

—Y lo seguimos siendo.

—Sí, ¡qué lo parió!

—Hablamos pa'l orto.

—Y me quedo corto —redondeó Alejandro.

—Y me quedo corto —repitió Sergio riendo—. Es muy buena esa, che.

—Ahora, volviendo a lo de Hernán, pensá que ha pasado

unos años muy duros con el divorcio de ustedes y el casamiento de tu mujer. No debe ser nada fácil para él.

—Seguramente.

—Lo que sí te digo es que tu mujer no perdió nada de su veneno.

—Es que vos sos medio boludo, che; o medio olvidadizo. No se puede discutir con ella. Siempre va a encontrar algo que decirte. Y vos saliste a matar con tu frasecita en francés.

—Pero era una linda frase.

—Sí, pero el que quedó mal parado fui yo.

—No creas, eh. Me parece que los dos quedamos bastante mal.

—Y pensar que en una época yo estaba celoso porque vos habías salido con ella antes que yo.

—Me acuerdo, pero, como dice el tango, “amores de estudiante, flores de un día son”. En fin... Te recuerdo que me debés una cena, ¿volvemos para el lado del centro?

—Vamos.

Las luces de la ciudad iluminaban a pleno las avenidas. Bajaron del colectivo y se pusieron a caminar sin rumbo fijo. Había bastante gente en la calle. Hombres y mujeres solos, cargando en sus rostros la tristeza del domingo por la noche; parejas abrazadas, o tomadas de la mano, tratando de postergar un poco más el momento de la despedida; grupos de jóvenes hablando a los gritos, cantando, llevándose el mundo por delante. Los dos amigos iban sin apuro, mirando

descuidadamente las disquerías, las librerías y los cines.

No necesitaron ponerse de acuerdo para doblar en una esquina y entrar en un viejo restorán.

—Acá también hubo algunos cambios —dijo Alejandro mientras recorría con la vista el salón.

Se sentaron junto a la ventana. El mozo les trajo la carta y se fue, pero ninguno de los dos la abrió. Sergio se puso a mirar a la gente que pasaba por la vereda.

—Te me has puesto un poco melancólico, me parece —dijo Alejandro.

—Siempre es así el domingo a la noche, después de dejar a Hernán. Pero la pasamos bien, ¿no? Estoy seguro de que no se aburrió. El almuerzo, el cine... Estuvo bien, ¿no?

—Seguro, hermano. Y además me conoció a mí. ¿Qué más se puede pedir? —dijo Alejandro sonriendo—. Vamos a tomar un buen tintillo, para levantar el ánimo.

—Con vermicellis, como siempre, ¿no?

—Sí, al doble tuco para mí. ¡Mozo!

El mozo tomó el pedido. Cuando se fue, Sergio señaló con la vista un grupo de chicas sentadas cerca de ellos.

—¡Qué lindas minas hay siempre en esta ciudad! —dijo Alejandro mirándolas de reojo.

—¿Viste? No hay con qué darles.

—Es la mezcla de razas.

—Se sabe, no hay nada mejor que el mestizaje.

—Y también la manera en que se visten. Muy provocativas, las guachas.

—Hablando de minas, ya sería hora de que te encuentres una para formalizar, ¿no? Mirá que si no te apurás vas a quedarte afuera. Acordáte que estás más cerca de los cuarenta que de los treinta.

—Los años pasan —dijo Alejandro—, pero decíme una cosa, ¿vos seguís creyendo en el matrimonio después de lo que viviste con tu mujer?

—Eso es diferente. Con mi mujer fue un problema de guita. Eso de “contigo pan y cebolla” no existe, te lo juro. Hacen falta unos mangos para darse ciertos gustos.

—¿Te parece?

—Y sí... Al principio te las arreglás, pero después se va todo a la mierda. Nosotros nos pasamos los diez años de casados con ganas de ir a ver a *Les Luthiers*, y nunca pudimos ir. Claro, ella no quería ir al gallinero. Quería primera o segunda fila; pero cada vez que teníamos unos pesos ahorrados, nos aparecía un gasto extra y había que usarlos.

—¿No será que le erraste de mina?

—También debe haber un poco de eso, aunque es más duro de reconocer —dijo Sergio, y se quedaron en silencio hasta que el mozo dejó sobre la mesa el pingüino de tinto.

—Una vez leí algo interesante sobre el tema —dijo Alejandro mientras servía—: los griegos creían que originalmente los humanos éramos hermafroditas...

—¿Trolines? —interrumpió Sergio.

—¡No seas pendejo, che! Lo que decían era que al principio todos éramos hombre y mujer al mismo tiempo. Después Zeus separó las dos partes, y desde entonces cada uno anda buscando su otra mitad.

—Interesante.

—Si lo pensás bien, la Biblia dice más o menos lo mismo —continuó Alejandro—, pero con menos poesía: ¿te acordás de la costilla de Adán?

—Está muy bien eso, aunque no creo que la explicación le convenga a un trolín... perdón, a un homosexual.

Alejandro suspiró.

—La verdad que esto parece una conversación de adolescentes —dijo.

—Quién sabe si en el fondo no somos adolescentes disfrazados de adultos. A lo mejor tendríamos que haber rechazado el ascenso.

—Eso también está muy bien, che. Estamos hechos unos filósofos. Mirá, imagináte que ese teatro de enfrente es la Acrópolis, el río allá lejos es el Mediterráneo, y nosotros andamos por acá, por el ágora, caminando, meditando y... morfando.

—Vos sí que tenés imaginación, guacho. ¡Pero ojo, che! a ver si terminamos como Sócrates, que parece que era medio...

—¡Siempre lo mismo!

—Es que a vos desde que te fuiste te noto más delicadito.

—¡Andáte a la mierda! —dijo Alejandro riendo.

El mozo trajo los vermicellis y los dos amigos brindaron.

—Por el reencuentro —dijo Sergio.

—Por el reencuentro —repitió Alejandro, y empezaron a comer.

—¿Te acordás de los fines de semana cuando estábamos en el secundario? —preguntó Sergio después—. Las cami-

natas de los viernes a la tarde. Rhodesia de por medio, claro. A veces cenábamos en tu casa, y después íbamos a jugar al billar en el boliche que estaba en la avenida. Ya ni me acuerdo cómo se llamaba.

—Lennon.

—¡Lennon! Tenés razón —dijo Sergio, e hizo una pausa para tomar un trago antes de continuar—. Después llegaba el sábado, el gran día. A la mañana era lindo comprarse alguna pilcha de cuando en cuando, o mejor dicho, cuando había un mango. Y a la noche siempre teníamos alguna fiesta y seguíamos de largo hasta el amanecer. El domingo, con un poco de suerte, salía con la chica que había conocido el sábado. ¡Qué épocas! Y pensar que dentro de poco Hernán va a estar viviendo lo mismo. No me va a dar más bola...

—Pero el domingo a la noche, de vuelta con los amigos —dijo Alejandro para desviar la conversación—. Igualito que ahora. ¿Te acordás de qué hablábamos?

—¿De qué íbamos a hablar? De música y de minas. Filosofía barata, igual que ahora. De minas sobre todo. Es lo que decía Dolina: todo lo que hace el hombre es para levantarse minas.

—Y de nuestros proyectos. Mirá que teníamos proyectos, ¿eh? Yo algunos días me levanto pensando: Hoy es el gran día. Hoy va a pasar algo... No sé... Me voy a despertar de esta pesadilla... y voy a empezar a vivir mi verdadera vida. Porque ésta no es la vida que yo había soñado para mí.

—Es lo malo de los sueños: uno termina por despertarse.

—Sí, ya sé que los sueños nunca se realizan, pero yo pensaba que en mi caso era diferente.

—Todos pensamos lo mismo. Nos creemos especiales, únicos, imprescindibles. Y sin embargo... Acordáte de esa película de Scola, *Nos habíamos amado tanto*, cuando dice: “Queríamos cambiar el mundo...”

—“Y el mundo nos cambió a nosotros...” Sí, tenés razón. Lo comprobé en este viaje. Después de tantos años afuera, yo me esperaba otra cosa. Ya sé que la gente cambia, pero algunos han cambiado tanto que ya no los reconozco. Vos sos una excepción.

—Sí, pero mirá por no cambiar cómo me fue. Acá, si querés ganar guita, hay que transar.

—Y nosotros somos perdedores, che. Yo me imaginaba un regreso triunfal, y al final es una sucesión de encuentros con semi-desconocidos. Peor que la gira de un boxeador acabado.

Se quedaron unos instantes sin hablar, comiendo los vermicellis que enrollaban con cuidado en el tenedor.

—En fin... —continuó Alejandro—. Con nosotros sí que nadie va a filmar una película. Nos falta argumento. ¿Te imaginás? “Artista desconocido vuelve a la patria. Ninguna mina lo espera.”

—¿Pero vos que querías filmar? ¿*La barra de la esquina*?

—¿*La barra de la esquina*! Ésa es la del cantante que se hace famoso en Europa, ¿no? Yo siempre veía la versión de Palito Ortega: *Los muchachos de mi barrio*. ¿Te lo imaginás a Palito triunfando en Europa? Los tanos cantando: “La felicità, à, à, à, à”. Me acuerdo bien de la película: el tipo vuelve y se encuentra con la primera novia.

—Y la mina todavía lo está esperando.

—¡Virgen!

—Virgen, claro. ¡Eso sí que hoy día no te lo cree nadie!

—No, para filmarla ahora habría que modernizarla. Yo diría que el tipo vuelve y se entera que la mina se encamó con todos sus amigos —dijo Alejandro, y los dos lanzaron la carcajada—. Tengo el título: El *yiro* de la esquina.

—¡Eso sería lindo! Y después tus amigos te tratan como el Gran Cornudo, el Cornudo Mayor. Te gastan, te cuentan las que hicieron con ella...

—Sí, y cuando al final la mina se cansa y te acepta, le da por compararte con ellos y te critica.

Los dos amigos se rieron un buen rato. Después las risas se fueron espaciando, como los chisporroteos de las velas que se están terminando de consumir. Al final quedaron mirándose en silencio, con la cara de decepción de los chicos que tienen que bajarse de la calesita.

—Ésa sería una linda película —dijo Sergio.

—Sí, ésa sería una linda película.

—Pero nosotros ni eso, che.

—Ni eso. Los olvidados.

—En fin. No hay que amargarse. ¿Quién te dice? Por ahí un día de estos la pegamos. ¡Vamos a hacer otro brindis!

—¡Dale!

—¡Hasta la victoria, siempre!

—¡Ésa!

The ... of ... ..

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

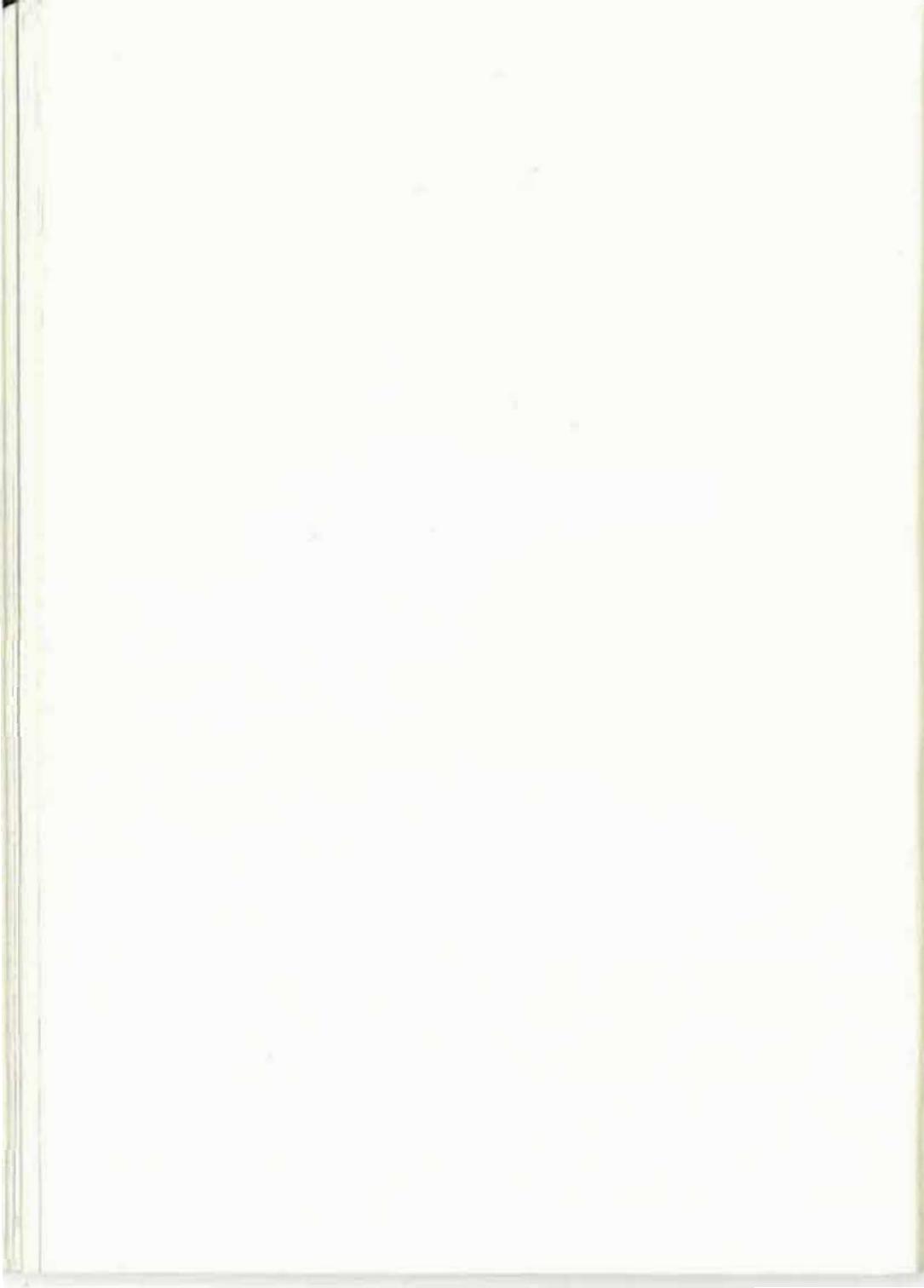
...

...

...

...

**LA VERDAD SOBRE PAPÁ NOEL**



Tal vez porque era el solterón de la familia, a tío Alberto le tocaba disfrazarse de Papá Noel para Nochebuena. Lo que mejor le salía era la risa, aquel “¡jo, jo, jo!” que repetía todo el tiempo. Aparecía un poco antes de las doce, se instalaba al lado del arbolito de Navidad, y nos iba llamando de a uno. Primero mi hermana Clarita, la menor de la familia, después yo, y al final mis primos Sergio y Claudio, que eran los mayores. Cada uno recibía su regalo y algún comentario. “Me dijeron que hace poco empezaste a andar en bicicleta; muy bien, te felicito, ¡jo, jo, jo!” , nos decía. O también: “Me dijeron que este año vas a empezar la escuela, ¡a estudiar mucho, eh! ¡Jo, jo, jo!” . Antes de despedirse, nos reunía en círculo alrededor suyo y nos pedía que nos portáramos bien todo el año, porque “sólo los chicos buenos reciben regalos para Navidad”. Después se iba casi al trote, y nosotros lo seguíamos corriendo y gritando por los pasillos de la casa de mis abuelos. Al final se encerraba en el salón, y por más que le golpeáramos, no nos abría. Entonces dábamos la vuelta por el jardín y entrábamos al salón por la otra puerta, pero ya era demasiado tarde. Sólo encontrábamos las cenizas de la chimenea revueltas, y la abuela nos explicaba que Papá Noel entraba y salía de las casas por las chimeneas.

La edad de la inocencia puede terminar de muy diversas maneras. Yo tenía ocho años cuando mi amigo Gerardo me dijo que Papá Noel no existía, pero, si vamos a ser sinceros, lo había descubierto un poco antes.

La duda me había entrado una tarde de fines de diciembre, a la salida del cine. Habíamos ido a ver *La noche de las narices frías*, y después mamá nos llevó a tomar chocolate con churros. Yo estaba comiendo el primero cuando vi pasar a Papá Noel por la puerta de la confitería.

—¡Ahí está Papá Noel! —grité, y me puse de pie como para seguirlo. Miré a Clarita, pero ella, concentrada en tomar el chocolate sin mancharse, no se dio por enterada.

—¡Vamos! —dije.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó mamá.

—Ahí está Papá Noel. Vamos a verlo, así nos da nuestros regalos.

—No. Hoy no es Navidad. Los regalos, Papá Noel los trae para Navidad.

—¿Por qué?

—Porque si no, no le alcanzaría la bolsa para poner los regalos de todos los chicos. Imagínate que tuviera que llevarlos siempre encima.

Tuve que aceptar la explicación de mamá, y por el momento las cosas quedaron así. Sin embargo, cuando estábamos terminando los churros, vi pasar de nuevo a Papá Noel. Esta vez no dije nada, pero seguí mirándolo mientras se alejaba y de golpe me di cuenta de que no era el mismo que

había pasado antes. Hay cosas que se descubren así, en un instante, y después parece increíble no haberse dado cuenta antes.

—¿Pero el día de Navidad, cómo hace para llevar todos los regalos y pasar por todas las casas? —pregunté casi inconscientemente, mientras intentaba atar cabos.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Papá Noel.

—Y bueno —dijo mamá, y levantó la mano para llamar al mozo—. Esas son cosas que no se pueden explicar. Es como los milagros. ¿Te acordás de lo que me contaste el otro día? Esa historia de la Biblia que leyeron en la escuela: Jesús estaba reunido con un montón de gente y apenas tenían unos pocos panes, pero todos pudieron comer cuanto quisieron. ¿Te acordás?

—Sí.

—Bueno, es más o menos lo mismo.

—¡Ah! Como la multiplicación de los panes... —dije, creyendo haber comprendido—. Entonces, ¿no será que hay muchos Papá Noel?

—Pero qué tonto sos —dijo Clarita, que había vuelto a prestarnos atención después de terminar su chocolate—. Papá Noel hay uno solo.

—Claro —asintió mamá—. Papá Noel hay uno solo.

—Y entonces cómo... —empecé a decir; pero en ese momento llegó el mozo, mamá le pidió la cuenta, y mientras pagaba, recibía el vuelto y separaba la propina, ya Clarita había empezado a hablarme de otra cosa.

No obstante, yo no me olvidaba fácilmente de lo que me

interesaba, y apenas salimos a la calle empecé a mirar con atención y fui descubriendo que en cada negocio había un Papá Noel distinto. El problema era que, según mamá, solamente había *un* Papá Noel. Y mamá no mentía. Bueno, digamos que mentía muy pocas veces. Por ejemplo, cuando se compraba algún vestido caro y después le decía a papá que lo había encontrado en oferta a mitad de precio.

Así fue cómo descubrí que en la historia de Papá Noel había, como se dice, gato encerrado. Todavía no tenía claro cómo funcionaba la cosa, pero en todo caso sabía que no era como me lo habían contado. Sin embargo, no dije nada. Es triste confesarlo, pero ya en esa época mostraba signos del temperamento calculador que me valió más tarde el apodo de *ruso* con el que me llaman todos, salvo tío Alberto. Mi razonamiento fue más o menos el siguiente: ¿Qué gano diciendo lo que sé sobre Papá Noel? Nada. ¿Qué pierdo? Y acá era donde la cosa se ponía fea, porque mi mayor temor era que se acabaran los regalos. Si Papá Noel, o quien fuera que se encargaba de los regalos de Navidad, se enteraba de lo que yo pensaba, por ahí decidía no traerme más nada.

Por eso preferí callar. Lo que no pude prever fueron los problemas de conciencia que ese silencio iba a costarme.

Me explico. Al volver a la escuela, en la hora de catecismo empezaron a prepararnos para la primera comunión, y una mañana el cura leyó el pasaje de la Biblia que dice que hay que ser inocente como un niño para entrar en el reino de los cielos. Pensé en mí mismo y me asusté. Se me ocurrió que tal vez yo no fuera un chico como los otros. ¿Cómo

podía ser inocente alguien tan calculador, alguien que mentía para seguir recibiendo regalos?

Por eso no me asombré cuando Gerardo me dijo que Papá Noel no existía. A esa altura, yo ya me estaba planteando cuestiones mucho más serias. Y encima el cura que nos hablaba todos los días de la importancia de la confesión. Mis compañeros andaban preocupados por algún vuelto que se habían quedado, un paquete de figuritas robado en un kiosco, una pelea con sus abuelas, pero para mí nada de eso tenía la menor importancia. Yo me imaginaba al confesor descubriendo mi secreto y negándome la primera comunión al grito de: “¡Éste no es un inocente!”.

Cómo sería la cosa que cuando llegó el día de confesarse, fingí un dolor de estómago y hasta vomité para que no me mandaran a la escuela. Menos mal, porque esa mañana un compañero se sentó cerca del confesionario con el audífono de su abuelo y se enteró de los pecados de todo el mundo. Lo peor fue que al día siguiente empezó a acusar a algunos de *anticristos*. Ahí empecé a sudar frío. Si esos pobres diablos eran anticristos, ¿qué me quedaba a mí? Maldije mil veces la hora en que se me había ocurrido ver a escondidas *La profecía* —un sábado a la medianoche en *Cine de terror*— y me pasé una semana entera rezando en cada rato libre. Gracias a Dios, en esa época dormíamos con la luz encendida porque Clarita tenía miedo de la oscuridad; si no, no sé cómo habría hecho para pasar las noches.

La cuestión es que el domingo siguiente estaba tan desesperado que decidí hablar con mis primos del asunto. Ellos eran más grandes que yo, y pensé que podrían aconsejarme.

Me acuerdo de aquel domingo como si fuera hoy. Toda la familia había venido a comer un asado en nuestra casa. Era un día de otoño bastante soleado, y los varones nos pusimos a jugar al fútbol en el jardín. Aproveché un descanso para encarar el tema, pero a la mitad de la explicación, Sergio, el mayor de mis primos —un grandulón que ya debía tener pelos en las piernas—, salió corriendo y llorando a los gritos.

—¡Mamá, mamá! ¡Diego dice que Papá Noel no existe!

Ahí se terminó el fútbol para mí. Me pasé el resto del domingo encerrado en mi cuarto, en penitencia.

Esa noche, mi viejo me dijo la verdad sobre Papá Noel. Cuando le pregunté si eso significaba que ya no iba a recibir regalos, me respondió que sí. Todavía recuerdo cómo se reía de mi cara de desolación mientras me abrazaba diciéndome que me quedara tranquilo, que era una broma.

—Ahora ya sos un pibe grande —dijo al final—; pero, ¡ojo!, no hay que romperle la ilusión a los otros. Tenés que guardar el secreto.

—Quedáte tranquilo, pa. No se va a enterar nadie.

—¿Sabés una cosa? Aunque su madre diga que es muy inocente, yo creo que Sergio sabe muy bien lo de Papá Noel, pero se hace el sota. Y si a su edad no lo sabe, ¡es un pelotudo!

Desde ese día cambié de estatuto y pasé a formar parte de los que estaban *en el secreto*. Entonces tío Alberto me explicó la clave de su misteriosa desaparición por la chimenea.

Resulta que la casa de mis abuelos tenía un sótano inmenso, y una de las entradas estaba en el salón. El tío entraba por ahí, se cambiaba, y salía por la habitación de los abuelos.

—Vos me podrías dar una mano —me dijo—. Me anda haciendo falta un ayudante; pero, claro, esto es algo muy serio. Me tendrías que mantener al tanto de lo que piensan tus primos y tu hermana, ¿te interesa?

—¿Me estás pidiendo que espíe? —pregunté, repitiendo un diálogo que escuchaba cada tarde en *Ladrón sin destino*.

—Bueno, de alguna manera.

Yo acepté. Me sentía Alexander Mundy, y no podía sospechar que ese trabajo de ayudante iba a valerme el mote de *Jettatore* con el que tío Alberto sigue llamándome hasta hoy. A partir de ese momento, cada vez que nos veíamos el tío me llevaba aparte y me pedía que le contara las últimas novedades; pero nunca tuve nada interesante que decirle. Sergio y Claudio fingían haber olvidado mis comentarios sobre Papá Noel, y Clarita ni siquiera me había escuchado.

Al fin llegó la Nochebuena. Como cada año, nos reunimos en casa de mis abuelos. Hacía un calor espantoso. Me acuerdo de que Clarita y yo nos servíamos un vaso de gaseosa atrás de otro. Los grandes, en cambio, tomaban vermut, vino, cerveza o whisky. La sidra no se podía tocar hasta el brindis de medianoche.

A las doce menos veinte se escuchó un “¡jo, jo, jo!” y tío Alberto, vestido de Papá Noel, empezó a repartir los regalos. Se lo veía contento. A diferencia de otros años, habló

muy poco con los chicos, pero se rió muchísimo. Cuando terminó el reparto, hasta se dio el lujo de guiñarme un ojo. Después se aclaró la garganta y empezó su discurso de despedida.

—Papá Noel tiene aliento a vino —me dijo Clarita en ese momento.

Iba a contestarle, pero ella no esperaba respuesta. Estaba concentrada escuchando a Papá Noel. Me puse a escucharlo también, y noté que le costaba un poco pronunciar algunas palabras, sobre todo cuando había alguna erre de por medio. Además vi que transpiraba muchísimo y tenía la cara casi tan colorada como el traje que llevaba puesto. Parecía un alemán de esos que aparecen en la televisión tomando cerveza. Para decirlo sin vueltas: el tío estaba borracho. Era excusable: a él le había tocado asar el lechón; había pasado varias horas al lado del fuego, y se sabe que en esos casos hay que tomar un poco de vino para aplacar la sed; después había venido la cena... y así hasta la medianoche. A ese ritmo no hay quien aguante.

De todas formas, el tío terminó su discurso sin mayores problemas, se despidió hasta el año siguiente con un sonoro “¡jo, jo, jo!”, y enfiló para el salón. Nosotros lo seguimos. Los hipócritas de mis primos iban saltando y cantando “¡Noel! ¡Noel! ¡Noel!” como si estuvieran en la tribuna de una cancha. Los grandes los seguían a unos metros, haciendo palmas. Clarita caminaba a mi lado, en silencio.

Antes de entrar al salón, Papá Noel se dio vuelta.

—Hasta el año que viene, ¡jo, jo, jo! —dijo, y después entró solo, cerró la puerta tras de sí, y quiso ponerle llave.

Algo debió fallar porque enseguida escuchamos que empezaba a forcejear con el picaporte. Desde afuera se lo oía resoplar, y me lo imaginé con el hombro contra la puerta, apoyando todo el peso del cuerpo para que la llave girara. Poco a poco, los grandes dejaron de hacer palmas y mis primos se callaron. Todos estábamos pendientes de lo que pasaba con la cerradura.

—Es la humedad, que hincha la madera —dijo la abuela.

La lucha duró un par de minutos, hasta que se escuchó un *clic* que indicó que la cerradura había cedido y casi simultáneamente la voz de Papá Noel diciendo:

—¡Tomá, mierda!

La abuela se puso verde. Creo que le hubiera gustado darle una cachetada al tío —que al fin y al cabo era su hijo—, pero se controló y trató de tomar las cosas en mano.

—Bueno, chicos, ¿qué les parece si vamos a la mesa? Ya van a ser las doce y hay que brindar. Además, me parece que hay mucho chocolate para ustedes.

—¡Sí! —dije yo, y pensé que ese año, por primera vez, algo iba a cambiar. Nadie parecía interesado en dar la vuelta por el jardín para ir a ver la chimenea del salón.

Mis primos no solo aprobaron la idea de la abuela, sino que corrieron a abrazarla y darle besos.

—¡Qué cariñosos son mis nietitos Claudio y Sergio! —dijo ella, y yo preferí desviar la mirada para no ver a esos chupamedias.

Fue entonces que se escuchó, nítida, la voz de Clarita.

—No —dijo—. Yo quiero ver cómo hace Papá Noel para salir por la chimenea —y ahí nomás salió corriendo hacia el

zaguán.

—¿Adónde vas, nena? —gritó la abuela trotando detrás de ella, mientras mis primos y yo la seguíamos.

Pero Clarita siguió adelante sin contestar, abrió la puerta, cruzó la calle, y cuando la alcanzamos ya estaba instalada en la vereda de enfrente.

—¿Que te agarró, Clarita? ¿Estás loca? —dijo Sergio.

—No, idiota. Desde acá voy a ver a Papá Noel cuando salga por la chimenea, ¿no te das cuenta?

—Sí, sí —dijo Claudio—. Clarita tiene razón.

Y ahí te quiero ver, porque eso no estaba en nuestros planes. Enseguida vinieron mis padres, mis tíos y mi abuelo.

—¿Clarita quiere ver a Papá Noel cuando salga por la chimenea! —les explicaba la abuela a medida que llegaban.

Nadie sabía qué decir, y terminamos amontonados en la vereda mirando hacia el techo de la casa, en una pose digna de una foto de familia antigua.

—Cuando salga seguro va a decir “¡jo, jo, jo!”, ¿no, pa? —preguntó Clarita.

Papá se puso rojo de golpe, como las lamparitas intermitentes del arbolito de Navidad.

—¿No, pa?

—Sí... sí... Seguro, Clarita —dijo papá, y enseguida me miró y señaló la casa con la cabeza. Al mismo tiempo empezó a mover los labios, como si hablara, pero sin pronunciar en voz alta las palabras. Cada vez abría más grande la boca, marcando bien las sílabas. Al final entendí lo que decía —“Andá a avisarle al tío” — y volví corriendo a la casa.

Llegué a la habitación de mis abuelos. La tapa del sótano

estaba cerrada. Empecé a golpear, llamando al tío. Al principio no hubo respuesta, pero seguí insistiendo hasta que le oí decir:

—¡Santo y seña!

—Soy yo, tío, abríme.

—¡Santo y seña! —repitió, y empezó a reírse solo.

—No seas gil, que se armó un lío bárbaro.

Por fin se decidió a abrirme. Estaba en calzoncillos y con un vaso en la mano. Sobre una mesa, al lado del traje de Papá Noel, había una botella de whisky vacía.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Están esperando que salgamos por la chimenea.

—¡No! No me digas.

—Están todos afuera esperándote.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Y yo qué sé!

—Pará que pienso... —dijo, y le agarró otro ataque de risa—. ¡Por la chimenea! —repetía entre risotadas—. ¡Qué buena! ¡Ésta sí que es buena!

De a poco se fue calmando. Al final, respiró hondo un par de veces y me miró con cara de tener una buena idea en mente.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo—. Subimos a la terraza y de ahí saltamos al techo. Después es fácil llegar a la chimenea. Eso sí, vos vas a tener que organizar una maniobra de distracción.

—¿Cómo en las películas de guerra?

—Exacto. Hay que distraerlos para que no me vean hasta que esté ahí. Después, como están abajo, ni se van a dar

cuenta si salgo de adentro o de atrás de la chimenea.

—Me parece un poco complicado. ¿Por qué no salís a la calle y te vas corriendo?

—¿'Tás loco? ¿Y la ilusión de los chicos? —dijo mientras volvía a ponerse el traje de Papá Noel—. Siempre les dijimos que Papá Noel se va por la chimenea, y ponéle la firma que Papá Noel se va a ir por la chimenea. ¡Vamos!

La familia seguía afuera, así que pudimos subir a la terraza sin problemas. Desde allí se escuchaba clarito lo que decían abajo.

—Para mí se quedó atascado en la chimenea.

—Es que está un poco gordito.

—Piensan que estás atascado en la chimenea —susurré.

—El problema es llegar hasta la chimenea. Tenés que distraerlos un ratito... para que pueda pasar el gordito —rimó, y empezó a reírse—. *Un poco* gordito... como Obelix —agregó con una risotada sorda.

—¡No te rías que te van a escuchar! Ahora salgo al techo y les digo que me pareció verte en la casa de enfrente. Cuando se den vuelta para mirar, vos vas hasta la chimenea.

—¡Dale!

Salté de la terraza al techo de tejas, que tenía una inclinación bastante grande, y me acerqué al borde caminando con cuidado.

—¡Nene! ¿Qué hacés ahí? —gritó la abuela.

—¡Volvé para adentro! —gritó mamá.

—¡Eh! Miren allá arriba. ¡Ahí está Papá Noel! —dije, señalando el techo de la casa de enfrente.

El tío aprovechó el revuelo para empezar a correr hacia la

chimenea mientras me decía por lo bajo:

—¡Volvé para adentrooo! —y ahí se le estiró la voz en un grito casi folklórico, y lo vi trastabillar, caerse, y rodar sobre el techo hasta estrellarse contra la chimenea. El golpe produjo un ruido seco y levantó una nubecita de hollín. Hubo entonces un segundo de silencio. Nadie se atrevió a reír.

—¡Nene! —gritó después la abuela.

—¿Cómo llegó Papá Noel ahí? —preguntó Clarita.

—Fijáte si está bien, Diego —me pidió papá.

El tío empezaba a moverse. Cuando levantó la vista, tenía cara de estar sufriendo; pero, apenas me acerqué, me hizo seña de no decir nada poniéndose un dedo sobre los labios, como las enfermeras que aparecen en las fotos de los hospitales.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

—Me parece que me quebré un brazo. Pero no digas nada, hay que disimular.

—¿Por qué no intentás un “¡jo, jo, jo!”?

El tío me miró, pero antes de que dijera algo, yo agregué:

—Dejá, dejá.

Alguien chistó desde abajo. Era Sergio, que había cruzado la calle para estar más cerca de nosotros.

—¡Boludo, afanále la bolsa de los regalos! —gritó a media voz.

Hice como si no lo hubiera escuchado y me preparé a ayudar al tío, que parecía querer levantarse. Apoyó la mano sobre la chimenea y levantó otra nube de hollín. Empezó a toser. El hollín le oscureció la barba. Entonces el abuelo —que siempre se reía de ese tipo de desgracias ajenas— no pudo

contenerse más y largó una carcajada que debe haberse escuchado en dos kilómetros a la redonda. Los otros se tentaron, y unos segundos después todo el mundo —salvo Clarita— estaba riéndose a brazo partido.

—¿Vos viste cómo cayó? —dijo el abuelo cuando pudo recuperar un poco el aliento—. ¡Parecía Carlitos! —y volvió a largar la carcajada.

—¿Qué pasó, don Noel? —preguntó papá con tonito sobrador.

Para el tío, esta pregunta fue la gota que rebalsó el vaso.

—¿De qué mierda se ríen? —gritó— ¡Esto no es joda!

—Parece la voz del tío —dijo Clarita.

—Los chicos tendrían que ir entrando —sugirió la abuela.

—¿Le hace falta una mano, don Noel? —dijo el abuelo en medio de otra risotada.

—¡Déjense de joder! —gritó el tío, y se arrancó la barba postiza.

—¡Es el tío Alberto! —gritó Clarita.

—¡Manga de boludos! Vengan a darme una mano —dijo el tío.

—¡Qué boca sucia!

—Siempre fue igual. Ya de chiquito era mal hablado.

—Es el tío Alberto —dijo Clarita.

—Un mal educado.

—No mal educado, m'hijita. Mal aprendido.

—Es el tío Alberto —repitió Clarita.

—¡Me parece que me quebré un brazo!

—Este mariconazo, siempre exagera.

—Esperá que ahora subo a darte una mano, Alberto.

En ese momento se escuchó chirriar una puerta y apareció un Papá Noel que salía de la casa de al lado.

—¡Jo, jo, jo! ¿Por qué llora esa chiquita? —dijo el otro Papá Noel, y se acercó a Clarita para acariciarle la cabeza. Ella lo miró, se secó un poco las lágrimas con la manga del vestido, y de repente, de un manotón, le arrancó la barba postiza.

—¡Es don Esteban! —gritó, y se puso a llorar a los gritos.

Don Esteban se quedó duro un instante, miró al resto de la familia y, como nadie dijo nada, recuperó la barba y volvió a entrar en su casa.

—¡Volvió Papá Noel! —alcanzamos a escuchar que decía uno de sus hijos, antes de que don Esteban cerrara de un portazo.

Clarita se sentó en el medio de la calle llorando desconsoladamente, y entonces, casi como un coro de sus berridos, empezaron a escucharse las campanadas que anunciaban la medianoche.

La policía y los bomberos llegaron más tarde, sacaron al tío del techo y lo llevaron al hospital. No les hacía ninguna gracia trabajar durante la Nochebuena, y nos lo hicieron saber zarandeando bastante la camilla en que lo transportaban y diciendo abiertamente:

—Mirá que hay que ser boludo.

—Tipo grande, che.

El tío se quejaba con cada movimiento, pero el abuelo sabía lo que decía cuando lo acusó de exagerar, porque al

final tenía sólo una fisura. Ni siquiera pasó la noche en el hospital.

Eso sí —y a esta altura no creo que sea ninguna sorpresa—, jamás volvió a pedirme que lo ayudara; ni a disfrazarse de Papá Noel; ni a reírse con aquel “¡jo, jo, jo!”.

Una versión anterior del cuento  
«Siempre tendremos París» reci-  
bió una mención honorífica en el  
Concurso Literario 1994-1995  
organizado por la Universidad de  
Fribourg.



## ÍNDICE

AUSENCIA / 11

SIEMPRE TENDREMOS PARÍS / 15

INSPECTOR / 29

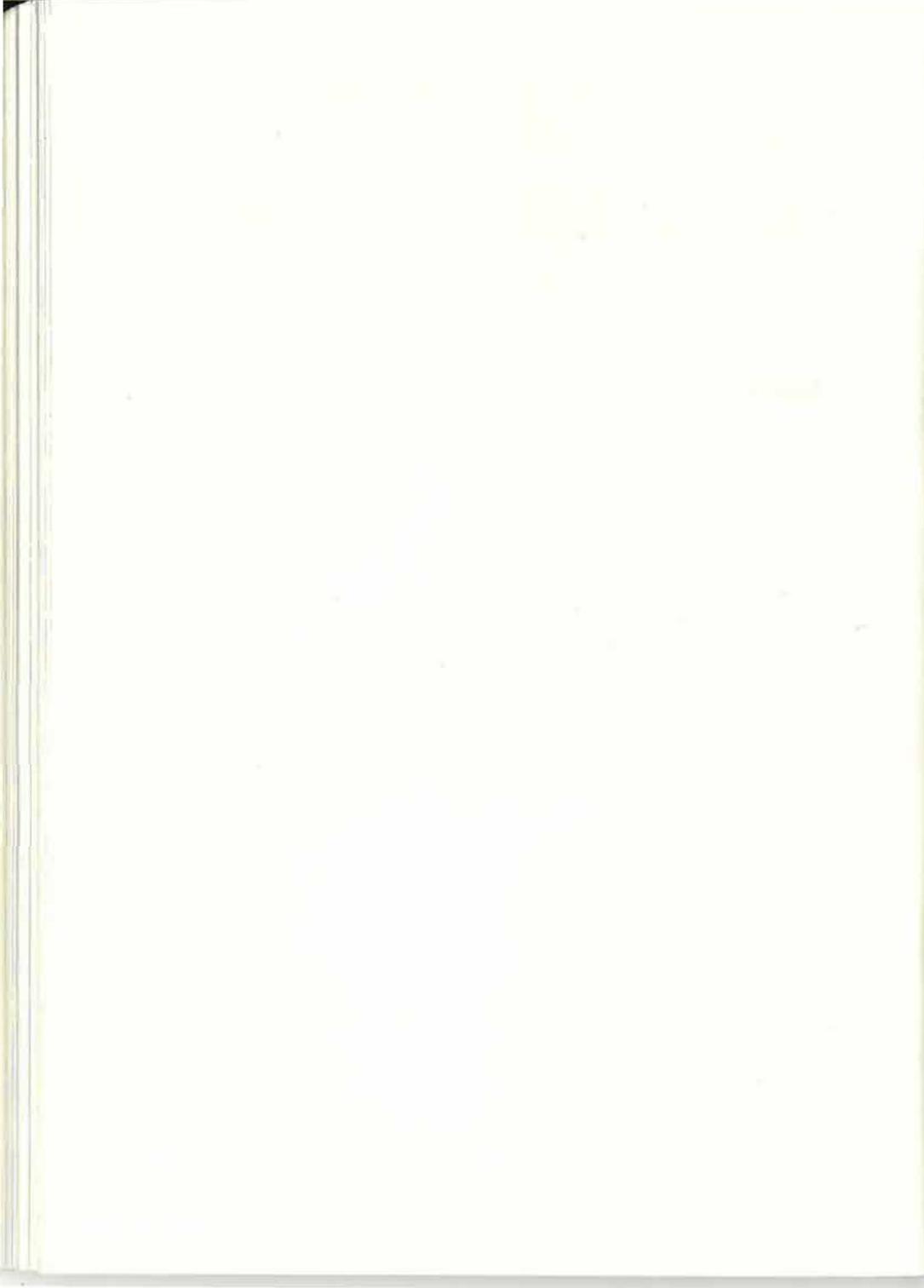
UN COLOR SEPIA / 39

EL GUARDIÁN DE LA MEMORIA / 53

DECISIONES / 67

ESCENAS DE UN DOMINGO / 79

LA VERDAD SOBRE PAPÁ NOEL / 101



Esta edición de mil ejemplares de  
*Un color sepia*  
de Marcelo F. Aebi  
se terminó de imprimir en los  
talleres de Aguafuerte S.R.L.,  
San José 1645, Buenos Aires,  
República Argentina,  
en el mes de abril  
del año dos mil



OTROS TÍTULOS

César Aira  
*Las curas milagrosas  
del Doctor Aira*

Matías Serra Bradford  
*Diarios y Miniaturas*

Belén Wedeltoft  
*Esto no es Hollywood*

Juan Sabia  
*El jardín desnudo*

Liliana Costa  
*Infinitas formas de cosas  
tan delgadas*

Alejandro Álvarez  
*Introducción a Berlín*

Jorge Grubissich  
*Los ciclos del secreto*

Sylvia Molloy  
*En breve cárcel*

María Dulce Kugler  
*A la sombra*

Quizá sea el tono coloquial de estos relatos lo que cautive al lector y le permita identificarse con sus personajes casi sin darse cuenta. Son seres que viven y luchan en un mundo hostil, testigos del derrumbe de viejos ideales, víctimas de una sociedad en transformación. Desengañados, heridos, pero no vencidos. Tal vez, en otro registro, se emparenten con los olvidados de Luis Buñuel, como sugiere de manera velada uno de ellos. El cine y la música no están nunca demasiado lejos en la escritura de Marcelo F. Aebi, y el humor permite aligerar la carga emocional, aunque muchas veces la sonrisa nos deje un gusto agri dulce.

ISBN 987-9243-48-X



9 789879 243480